

clv



Wilhelm Busch

*Jesús nuestro destino*



Christliche Literatur-Verbreitung e.V.  
Postfach 11 01 35 · 33661 Bielefeld

Primera edición española 2015

Selección de mensajes traducidos del libro original alemán  
*»Jesus unser Schicksal«*

© de la edición alemana:  
Neukirchener Verlagsgesellschaft mbH  
Neukirchen-Vluyn, Alemania

© de la edición española:  
CLV · Christliche Literatur-Verbreitung  
Apartado 11 01 35 · 33661 Bielefeld, Alemania  
[www.clv.de](http://www.clv.de)

Traducción: Elisabet Ingold-González, Leonberg, Alemania  
Tipografía: CLV

Portada: Anne Caspari, Marienheide, Alemania

Maquetación y encuadernación: CPI – Ebner & Spiegel, Ulm, Alemania

256.168

ISBN 978-3-86699-168-2

# *Índice*

Prefacio	7
Dios, ¡cómo no! – pero Jesús ¿para qué?	10
Nuestro derecho al amor	27
¡No tengo tiempo!	43
¿Hay certidumbre en las cosas religiosas?	59
¿Es ser cristiano un asunto privado?	77
¿Qué gano yo viviendo mi vida con Dios?	93



## *Prefacio*

Cuando en la noche del 20 de Junio de 1966 se confirmó la muerte repentina del pastor Wilhelm Busch, esta noticia corrió como la pólvora por todo el país. Al día siguiente las emisoras de radio y la televisión transmitieron esta noticia tan trágica para muchos. ¿Quién fue este hombre?

El pastor Wilhelm Busch es una de aquellas pocas personas cuya popularidad ha ido creciendo de año en año después de su muerte.

Mientras vivía era conocido sobre todo en los países de habla alemana. Pero ahora su nombre es conocido tanto en el Siberia como en América del Sur y hasta el Cabo de la Buena Esperanza.

Ya en vida la tirada de sus libros ascendió a varios cientos de miles de ejemplares. Pero un libro en especial, publicado después de su muerte, ha sido traducido a todas las lenguas principales del mundo. Tan solo en los últimos diez años han sido difundidos varios millones de ejemplares de este libro. Hoy encontramos en todos los continentes personas cuyas vidas han cambiado completamente después de leer el libro «Jesús nuestro destino».

¿Cómo llegó a ser el hombre que fue?

A pesar de que Wilhelm Busch provenía de una conocida familia con tradición de pastores, en su juventud no era religioso en absoluto. En la Primera Guerra Mundial él fue un joven oficial y Dios no le interesaba para nada. Si alguien le hubiese dicho que un día iba a predicar en muchas iglesias, se habría reído a carcajadas, tan absurda era para él semejante idea.

Pero esto cambió un par de meses más tarde en la ofensiva lanzada contra Verdun, cuando durante una tregua de combate, contó un chiste verde a su camarada. Pero éste ya no pudo reírse, porque en ese mismo momento recibió un casco de granada del enemigo que penetró en su mismo corazón. Se desplomó y murió en el acto. «En esa cuneta me invadió algo como una luz deslumbrante, más que la de una bomba atómica, porque supe ciertísimamente que este compañero mío ahora tenía que rendir cuentas ante un Dios santo. Y después pensé: «¡Si hubiésemos estado sentados al revés, me hubiese tocado a mí, y yo estaría ahora delante de Dios!» Ahí estaba tendido mi amigo muerto, y después de largos años por primera vez me puse a orar. Sólo dije: «Dios, por favor, no permitas que caiga en esta guerra hasta que esté seguro de que no voy al infierno.»»

Un par de días más tarde se encerró en una granja francesa destruída con un Nuevo Testamento en la mano y cayendo de rodillas oró:

«Señor Jesús, la Biblia dice que has venido de parte de Dios para salvar a los pecadores. Yo soy un pecador. Y para el futuro no puedo prometerte nada, porque tengo un carácter muy malo. Pero no quiero ir al infierno, si ahora me hiere una bala. Y por eso, Señor Jesús, me entrego a ti de pies a cabeza. Haz de mí lo que quieras.» – «No hubo ningún estruendo ni nada se movió, pero cuando salí de allí, yo había hallado a un Señor al cual yo pertenecía.»

Y Wilhelm Busch permaneció fiel a este su Señor. Después de la guerra estudió para ser pastor. Luego sirvió al Señor primero en Bielefeld y después en Essen hasta su muerte, mostrando a mineros y sobre todo a innumerables jóvenes el camino a Jesucristo, pues fue en primer lugar pastor de jóvenes.

Cuando el 24 de Junio de 1966 una enorme multitud se reunió en el cementerio de Essen, yo tenía 22 años y era uno de aque-



llos que no dejaban de llorar, porque debía a este hombre lo decisivo en mi vida.

En la reunión subsiguiente al entierro, Gustav Heinemann, quien después fue presidente de la República Federal Alemana, puntualizó el secreto de este hombre:

«Donde él estaba, siempre ocurría algo. Pero lo principal de su persona fue que era un mensajero de su Señor auténtico y digno de fe, que vencía y hacía añicos las reservas de la gente.»

Aun habiendo pasado ya 50 años, sus mensajes no han perdido nada de su actualidad, porque el bienestar y el materialismo de las últimas décadas no tienen la respuesta para los problemas de la vida ni pueden dar sentido y meta a nuestra existencia. Jesús es nuestra única oportunidad que no resultará ser una vana ilusión. ¡Compurébalo tú mismo!

Wolfgang Böhne

## *Dios, ¡cómo no! – pero Jesús ¿para qué?*

Un viejo pastor como yo lo soy, que ha trabajado toda su vida en una gran ciudad, tiene que contestar siempre a las mismas preguntas: «¿Por qué permite Dios esto y lo otro?» Otra cosa que se oye muchas veces es: «Caín y Abel fueron hermanos. Caín mató a Abel. Pero ¿de dónde sacó Caín a su mujer?» Pero lo que más veces me han dicho es esto: «Oiga, pastor, Usted siempre está hablando de Jesús. Eso es ya fanatismo. Lo importante no es la religión que uno tenga, sino tener respeto a lo Supremo, a lo Invisible.»

Es obvio, ¿o no? Mi paisano, el gran poeta Goethe, – quien también nació en Francfort como yo – dijo que «lo que sentimos es todo; el nombre que le demos no tiene importancia.» Ya sea que digamos Alá, Buda, Destino, Providencia o «Ser supremo», es igual. Lo principal es creer en algo. Y sería fanatismo fijar esa creencia de modo absoluto. Así pensáis también muchos de vosotros, ¿no es así? Recuerdo lo que una anciana dama me explicó hace algún tiempo: «No me venga usted siempre con Jesús; estoy harta de oirlo. ¿No dijo el mismo Jesús «en la casa de mi Padre muchas moradas hay»? Entonces ¡hay sitio para todos!» Amigos, ¡eso es un terrible engaño!

Una vez estuve en el aeropuerto de Berlín. Antes de entrar al avión tuvimos que pasar otra vez por un control de pasaportes. Delante de mí había un señor alto – aún le veo en mi recuerdo – que con prisa entregó su pasaporte al funcionario. Entonces el funcionario le dijo: «¡Un momento! Su pasaporte ha expirado.» A lo cual el señor contestó: «No sea Usted tan meticuloso, ¡lo importante es tener un pasaporte!» – «No,» le explicó el funcionario con determinación, «¡lo importante es tener un pasaporte válido!»

En lo que se refiere a la fe ocurre lo mismo: Lo importante no es tener una creencia cualquiera, tener fe en algo. Todos creen en algo. Hace poco alguien me dijo: «Creo que de 1 kg de carne de vaca se puede hacer una buena sopa.» Eso también es creer. Pero lo importante no es creer en algo, sino tener la creencia correcta, una fe con la que podamos vivir, aunque el sol se nuble y la cosa se ponga muy fea. Una fe que nos sostenga en las grandes tentaciones, una fe con la cual podamos morir tranquilos. La muerte es una gran prueba que muestra si nuestra fe es correcta.

Sólo hay una fe correcta con la que se puede vivir y morir como es debido: Y esa es la fe en el Señor Jesucristo, el Hijo de Dios. Es verdad que Jesucristo mismo dijo: «En la casa de mi Padre muchas moradas hay.» Pero sólo hay una puerta para entrar en las moradas de Dios: «Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo» (Juan 10:9).

Jesús es la puerta. Ya lo sé: la gente ésto no lo quiere oír. Pueden discutir horas y horas sobre Dios. El uno se le imagina así, el otro de otra manera. Pero Jesús no es un tema de discusión. Quiero dejar una cosa clara: Solamente la fe en Jesús, el Hijo de Dios, es una fe que salva y hace feliz. Es una fe con la cual se puede vivir y morir en paz.

Para ilustrar lo absurda que es esta fe para la gente, voy a contar una vivencia que me ocurrió hace un par de años en Essen. Yo iba caminando por la ciudad y pasé frente a de dos mineros que estaban parados en la acera. De pronto uno de ellos me saludó: «¡Buenos días, pastor!» Me acerqué a él y le dije: «¿Nos conocemos?» Entonces él se rió y le explicó al otro: «Mira, este es el pastor Busch. Es un buen hombre.» – «Gracias», contesté, pero él continuó diciendo: «Lo malo es que está un poco chiflado, es una pena.» – «¡Pero ¿qué dice usted?!» respondí indignado, «¿por qué dice usted que estoy loco?» A lo cual repitió: «Sí, de verdad que es una buena persona. ¡Solo que siempre está hablando de Jesús!» «¡Hombre!», contesté lleno de alegría. «Eso

no es una locura, pues en cien años usted estará en la eternidad, y entonces todo dependerá de una cosa: si usted conoció o no a Jesús! De Él depende si va al cielo o al infierno. Dígame: ¿conoce usted a Jesús?» – «¿Lo ves? ¡Ya está otra vez con lo mismo!, como te decía antes, es un caso», le dijo riéndose al otro minero.

Y ahora también, ¡ya estoy otra vez con lo mismo! Quiero encabezar esta conferencia con un versículo de la Biblia y es éste: «El que tiene al Hijo, tiene la vida.» Puede ser que hayas aprendido de Jesús en la escuela – pero eso no es tenerle. «El que tiene al Hijo ...» – repito, «el que TIENE al Hijo, tiene la vida» – ¡aquí y eternamente! «El que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.» ¡Esto lo dice la Palabra de Dios, la Biblia! El que tiene, tiene. No hay que darle vueltas. Quisiera persuadirte a que recibas a Jesús y le entregues tu vida – ¡por amor de tí mismo! Porque sin Él la vida es un desastre.

Y ahora quiero explicarte, por qué Jesús es todo y por qué la fe en Jesús es la única fe correcta. O permíteme mejor que lo exprese de forma más personal: Quiero contarte por qué tengo yo que tener a Jesús y por qué yo creo en Él.

## **Jesús es la revelación de Dios**

Cuando alguien me dice: «Yo creo en Dios, pero Jesús ¿para qué?», entonces yo le contesto: «¡Eso son tonterías! Dios es un Dios escondido. ¡Sin Jesús no sabríamos nada de Él!»

Es verdad que los hombres se pueden fabricar muy bien su propio dios, el que mejor les convenga y los ayude en cualquier situación. Pero ¡ese no es Dios! Alá, Buda – eso son solo espejismos de nuestros deseos. Sin Jesús no sabemos nada de Dios. Jesús es la revelación de Dios. En Jesús Dios ha venido a nosotros.

Me gustaría explicarlo con una ilustración: Imagínate un espeso banco de niebla. Detrás del banco de niebla está Dios escondido. Pero las personas no pueden vivir sin Él. Por eso empiezan a buscarle. Intentan penetrar en la niebla. Eso son los esfuerzos de las religiones. Todas las religiones son el hombre buscando a Dios. Todas las religiones tienen una cosa en común: están extraviadas en la niebla, sin haber encontrado a Dios.

Dios es un Dios escondido. Eso lo tenía muy claro un hombre que se llamaba Isaías, y desde el fondo de su corazón clamó: «Señor, nosotros no podemos llegar a ti. ¡Oh si rompieras la niebla y vinieras a nosotros!» Y lo asombroso es que Dios oyó ese grito. Ha roto el banco de niebla y ha venido a nosotros – en Jesús. Cuando en el campo de Belén los ángeles exclamaron «¡Hoy os ha nacido el Salvador! ¡Gloria a Dios en las alturas!» – esto era porque Dios había venido a nosotros. Y ahora Jesús dice: «El que me ve a mí, ve al Padre» (Juan 14:9).

Sin Jesús no sabríamos nada de Dios. Él es el único lugar donde puedo obtener certidumbre acerca de Dios. ¡No concibo que haya gente que diga que puede arreglárselas sin Él!

No puedo extenderme mucho, tengo que omitir bastante, a pesar de que tendría tantas cosas que decir acerca de Jesús. Pero sólo puedo mencionar los puntos más importantes en torno a la pregunta ¿Jesús? ¿Para qué?

## **Jesús es el amor de Dios que salva**

Permíteme explicártelo. Hace algún tiempo tuve una conversación con un periodista que me entrevistó y preguntó: «Dígame, ¿por qué da usted estas conferencias?» A lo cual respondí: «Doy estas conferencias, porque no quiero que la gente vaya al infierno.» Entonces sonrió y me dijo que el infierno no existía.

A lo cual le contesté: «Si espera un poco, como muy tarde en cien años sabrá si tuvo razón usted o la Palabra de Dios.» Y después le pregunté: «Dígame, ¿ha tenido miedo de Dios alguna vez?» – «¡No! De un Dios de amor no se tiene miedo,» fue su respuesta. Entonces le expliqué: «Usted está equivocado. Por muy poco que vislumbremos de Dios, eso es más que suficiente para darnos cuenta de que no hay cosa más horrible que ese Dios santo y justo, el juez de nuestros pecados. Usted siempre está hablando del «Dios de amor.» La Biblia dice otra cosa: «¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!»»

¿Has tenido miedo de Dios alguna vez? Si no lo has tenido, entonces ni siquiera has comenzado a ver la realidad del Dios santo y de tu vida pecaminosa. Pero en el momento en que empiezas a temer a Dios, te harás ésta pregunta: «¿Cómo puedo presentarme delante de Dios?» Creo que la mayor necesidad de nuestro tiempo es no temer ya la ira de Dios. Es señal de un terrible embotamiento cuando un pueblo ha dejado de temer al Dios vivo y se toma a la ligera el hecho de que está airado por el pecado.

El profesor Karl Heim contó cómo durante un viaje por China llegó también a Pekín. Allí le condujeron a un cierto monte en cuya cima se hallaba un altar. Era el «altar del cielo». Le explicaron que en «la noche de la reconciliación» este monte se llenaba de cientos de miles de personas que todas llevaban faroles. Y entonces subía el emperador – pues en ese entonces aún eran los emperadores quienes regían el país – para ofrecer la ofrenda de reconciliación para su pueblo. Cuando el profesor Heim nos contó esta vivencia añadió: «Estos paganos sabían de la ira de Dios y que el hombre necesita ser reconciliado.»

Y el europeo medio con toda su cultura, habla tan tranquilamente del «Dios de amor» así por así, un Dios que se conforma con que hagamos nuestra contribución económica. Mejor sería que empezáramos otra vez a temer a Dios. Pues todos hemos

pecado. Nadie puede decir que no ha pecado. ¡Tú también has pecado! ¡Claro que sí!

Cuando empezamos a temer a Dios, entonces surgirá en nosotros la pregunta «¿Cómo podemos salvarnos de la ira de Dios? ¿Dónde hay salvación?» Entonces comprenderemos que Jesús es el amor de Dios que salva. Dios quiere «que todos los hombres sean salvos». Pero no puede ser injusto, no puede callar ante el pecado. Y por eso ha dado a Su Hijo – para salvación, para reconciliación.

Acompáñame a Jerusalén. Ahí hay un monte delante de la ciudad. Vemos a miles de personas y en el fondo vemos alzarse tres cruces. El hombre clavado en la cruz izquierda es como nosotros, un pecador. El de la derecha también. ¡Pero el del centro! ¡Mira al hombre con la corona de espinas, al Hijo del Dios vivo!

*Te admiro rostro herido,  
Espejo de bondad;  
Aunque en ti han escupido  
Con infernal maldad.  
¿Quién se atrevió, mi vida,  
Con loco frenesí  
Y saña fratricida  
A escarnecerte así?*

*Señor, lo que has llevado,  
Yo solo merecí;  
La culpa que has pagado  
Al Juez, yo la debí.  
Mas, mírame: confío  
En tu cruz y pasión;  
Otórgame, bien mío  
La gracia del perdón.*

¿Por qué está Jesús en aquella cruz? Esa cruz es el altar de Dios. Y Jesús es el Cordero de Dios que lleva el pecado del mundo y nos reconcilia con Dios.

¿Lo ves? Mientras no hayas encontrado a Jesús, estás bajo la ira de Dios, aunque no te des cuenta de ello, aunque lo niegues. Sólo si acudes a Jesús tendrás paz con Dios: «El castigo, por nuestra paz, cayó sobre El, y por sus heridas hemos sido sanados.»

Voy a usar un ejemplo sencillo: Durante la Primera Guerra Mundial yo era artillero. Teníamos carros de combate con un escudo de protección. Una vez nos vimos en el frente sin infantería. Y de pronto nos atacaron con tanques. Las balas de la infantería enemiga daban contra nuestros escudos como granizo. Pero los escudos eran tan potentes que detrás de ellos estábamos seguros. Y estando ahí pensaba yo: Con sólo que sacara ahora mi mano de detrás del escudo, harían una criba de ella, estaría perdido y me desangraría inmediatamente. Pero detrás del escudo estoy a salvo.

Mira, esto es lo que Jesús es ahora para mí. Sé que sin Jesús perecería en el juicio de Dios. Sin Jesús no tengo paz en el corazón, haga lo que haga. Sin Jesús no puedo morir sin miedo fatal. Sin Jesús voy a la perdición eterna. La perdición eterna existe, no hay duda de ello. Pero en el momento en que me pongo a salvo detrás de la cruz de Cristo estoy seguro detrás del escudo. Entonces Él es el que me reconcilia con Dios. Él es el que me salva. ¡Jesús es el amor de Dios que salva!

Dios quiere «que todos los hombres sean salvos.» Por eso ha dado a Su Hijo para salvación y reconciliación. ¡Y eso es también para ti! Y ahora no descanses hasta que tengas esa paz de Dios, hasta que seas salvo.

Jesús ¿para qué?



## **Jesús es el único que puede solucionar el mayor problema de nuestra vida**

¿Sabes cuál es el mayor problema de nuestra vida? Bueno, los de avanzada edad pensarán en su cadera o en su riñón, en fin, en lo que esté enfermo en su cuerpo. ¡Menudos problemas! Los más jóvenes pensarán en «su chica» o «su chico.» Todos tienen sus problemillas. Pero créeme, el mayor problema que tenemos es nuestra culpa ante Dios.

Como pastor he trabajado más de veinte años entre los jóvenes. Siempre he buscado nuevas ilustraciones para que los chicos lo comprendieran bien. Quiero usar ahora una de estas ilustraciones: Imaginaos que por naturaleza tuviéramos un aro de hierro colgado en nuestro cuello. Y cada pecado fraguaría un nuevo eslabón en esa cadena. Un pensamiento sucio – un eslabón más. He reñido con mi madre – otro eslabón. He hablado mal de otras personas – otro eslabón. Un día sin oración, como si Dios no existiera – otro eslabón más. Falta de franqueza, mentiras – otro eslabón.

Calcula lo larga que sería la cadena que arrastramos cada uno de nosotros. Es la cadena de nuestra culpa. Así de real es nuestra culpa delante de Dios – aunque no podamos ver esta cadena. Pero es inmensamente larga. Y todos arrastramos esa cadena. Muchas veces me pregunto, por qué la gente no tiene alegría ni es feliz, pues no les falta de nada. ¿Eres tú feliz? No puedes ser feliz; no puedes – porque llevas arrastrando la cadena de la culpa. Y ningún pastor o sacerdote, ni ningún ángel puede quitártela. Dios tampoco puede quitarla, porque es justo: «Lo que el hombre siembra, eso segará.»

Pero ¡ahí está Jesús! Él es el único que puede solucionar el mayor problema de nuestra vida: Él murió por mi pecado. Pagó mi culpa cuando murió en la cruz. Por eso es capaz de quitarnos la cadena de la culpa. Es el único que puede hacerlo.

Por experiencia propia puedo decirte que es liberador el saber que tengo el perdón de mis pecados. Es la gran liberación en la vida – y no digamos de la muerte. Los que sois ya ancianos – ¡morir y tener el perdón de los pecados! O ir a la eternidad cargado con toda la culpa ¡Horroroso!

Conozco a personas que durante toda su vida han dicho: «Yo no hago mal a nadie. Soy como se debe ser.» Y luego mueren, sueltan la última mano que sostenía la suya – y descubren que el barco de nuestra vida se desliza por la oscura corriente de la eternidad – a encontrarse con Dios. Nada pudieron llevarse: ni su casa, ni la cuenta del banco, ni sus ahorros – solamente su culpa. Así van a encontrarse con Dios. ¡Espantoso! Pero así mueren los hombres. Puede que me digas: «Así mueren todos, ¡qué vamos a hacer!» Puedes morir así, pero no tienes que morir así. Jesús da el perdón de los pecados. Esa es la mayor liberación que existe.

Yo era un joven de 18 años cuando viví lo que es el perdón de los pecados: Se desplomó la cadena. Una canción dice así: «En el nombre de Jesús – el pecado perdonado, ¡qué palabra de vida, para el espíritu vejado!» Mi deseo es que tú también lo experimentes. ¡Acude hoy a Jesús! Él te está esperando. Y entonces díle: «Señor, mi vida ha sido un desastre y está llena de pecado. Hasta ahora me lo había callado todo, y siempre he dicho que yo no era tan malo. Ahora te lo entrego todo a tí. Ahora quiero creer que tu sangre borra toda mi culpa.» El perdón de los pecados es una cosa maravillosa.

En el Siglo XVI vivió en Inglaterra un hombre que se llamaba Bunyan. Este Bunyan estuvo muchos años encarcelado por su fe. Eso no es nada nuevo, pues aparte de la Palabra de Dios, lo más duradero en la humanidad son las cárceles. Y en la cárcel Bunyan escribió un libro muy especial que desde entonces no ha perdido nada de su actualidad. En él relata la vida de un cristiano como si fuera un viaje muy peligroso y lleno de aventu-

ras. Comienza así: Un hombre vivía en la ciudad «Mundo». De pronto empieza a inquietarse y dice: «Aquí algo va mal. No tengo paz, no soy feliz. Tendré que salir de aquí.» Habla con su mujer, pero ésta le explica: «Estás nervioso. Necesitas descanso.» Pero todo eso no le ayuda. La inquietud sigue. Un día se da cuenta que sin falta tiene que salir de esa ciudad. Y entonces huye. Al comenzar su viaje se da cuenta de que lleva una carga sobre sus espaldas. Quiere echarla de sí, pero no puede. Cuanto más lejos camina, más pesada se hace. Hasta ese momento no había notado esa carga. Era normal. Pero cuando se alejó de la ciudad «Mundo» la carga se hizo cada vez más pesada. Finalmente, ya casi no puede seguir adelante. Con gran esfuerzo asciende una montaña por un estrecho sendero. No puede más con la carga. Entonces llega a una encrucijada y de pronto ve delante de sí la cruz. Casi desmayado se derrumba delante de la cruz, se aferra a ella y la contempla. En ese momento instantáneamente la carga se suelta de sus hombros y cae rodando por el precipicio abajo.

Es una imagen maravillosa de lo que un hombre puede vivir ante la cruz de Jesucristo:

*Venid junto a la Cruz,  
venid y descansad,  
el sacrificio de Jesús  
expía la maldad.  
La Cruz es el mensaje del amor  
que Dios anuncia al pobre pecador.*

El perdón de los pecados: El Salvador ha pagado por mí, me quita la carga del pecado. Ya no tengo que cargar con ella. Sólo Jesús puede darnos el perdón de los pecados.

Jesús ¿para qué? Aún tengo que decirte otra razón por la cual creo en Jesús:

## Jesús es el buen Pastor

Seguramente en nuestra vida todos hemos pasado alguna vez por momentos de terrible soledad y hemos visto lo hueca y vacía que es la vida. Entonces te das cuenta: «¡Aquí falta algo! Pero, ¿el qué?» Quiero decírtelo: Lo que echas de menos es un Salvador, el Salvador vivo.

Acabo de contarte que Jesús murió en la cruz para pagar nuestra culpa. No olvides esta frase: «El castigo, por nuestra paz, cayó sobre Él.» Y después de morir le pusieron en un sepulcro en una peña. Lo cerraron con una gran piedra. Y por si acaso, el gobernador romano selló la piedra y puso una guardia de legionarios delante del sepulcro. Me los imagino muy fuertes y altos, hombres que habían luchado ya en todos los países de la tierra: en Galia, en Germania, en Asia y en África. Hombres con cicatrices. En la mañana del tercer día, cuando aún era de noche seguían allí con sus escudos y lanzas en las manos. Los legionarios romanos eran de toda confianza. Pero de repente vino una luz que lo iluminó todo como si fuese de día. La Biblia dice que «un ángel del Señor, descendiendo del cielo, removió la piedra.» Y Jesús sale de la tumba. Eso es tan terrible que los soldados se desmayan. Un par de horas más tarde, Jesús acude a una pobre joven. La Biblia dice que había tenido siete demonios, los mismos que Jesús echó fuera. Esta chica estaba llorando, cuando Jesús vino a ella. Y esta chica no se desmaya. Todo lo contrario. Se alegra mucho, cuando reconoce al Señor Jesús resucitado y le dice: «¡Maestro!» Había sido consolada, porque sabía que Jesús estaba vivo y era el buen Pastor que estaba con ella.

¿Lo ves? Por eso quiero yo tener a Jesús. Porque necesito a uno que me sostenga de la mano. La vida me ha arrojado a profundidades muy oscuras. Por causa de mi fe he estado encarcelado varias veces por los Nazis. Hubo momentos en los que pensé que yo estaba sólo a un paso de la locura. Pero ¡entonces vino Jesús! Y todo salió bien.

Así lo he vivido. Recuerdo una tarde en la cárcel. Aquello parecía el infierno, porque ingresaron provisionalmente a gente que iba a ir a un campo de concentración. Era gente que ya no tenía ninguna esperanza, en parte eran criminales, en parte era gente sin culpa alguna, judíos. Un sábado por la tarde les sobrevino una desesperación atroz. Y todos empezaron a gritar. No te lo puedes imaginar. Un edificio entero con celdas llenas de desesperación, donde todos están gritando y tirándose a las paredes y puertas. Los guardas se pusieron nerviosos y dispararon contra el techo con sus revólveres. Corrían de acá para allá y dieron una paliza a uno. Y yo estaba en mi celda y pensé: «Así será en el infierno.» Es difícil expresarlo aquí. Y en esa situación recordé que Jesús efectivamente estaba conmigo. Te estoy contando lo que yo mismo he vivido. Entonces en voz baja yo dije en mi celda «¡Jesús! – ¡Jesús! – ¡Jesús!» Y en tres minutos todo estaba en silencio.

¿Comprendes? Nadie oyó que yo le invoqué, sólo Él – y los demonios tuvieron que irse. Y entonces hice algo que estaba terminantemente prohibido: empecé a cantar un himno (de J. S. Bach) en alta voz:

*¡Jesús, mi alegría,  
de mi alma el sustento,  
Jesús, corona mía!  
Ay, desde hace mucho,  
mi angustiado corazón  
tiene ansia de ti.*

Y todos los prisioneros lo oyeron. Los guardias no dijeron ni una palabra cuando yo seguí cantando:

*Bajo tu custodia,  
libre de la furia enemiga soy.  
Que rabie Satán,  
que irrite y grite,  
Jesús conmigo está.*

Ahí me di cuenta de lo que significa tener a un Salvador vivo.

Todos nosotros tenemos que pasar una vez por una angustia muy grande, la angustia de morir. Alguien me reprochó una vez: «Vosotros los pastores lo que hacéis es meter miedo a la gente, el miedo a morir.» Pero yo le contesté: «No es necesario que yo meta miedo de la muerte, porque todos la temen.» Pero ¡qué bueno es poder tomar la mano del buen Pastor al morir! Sin embargo, algunos dicen que el hombre actual no teme tanto a la muerte, sino a la vida. Dicen que la vida es horrible, que es peor que morir.

Por eso, en nuestra vida también necesitamos a un Salvador.

Ahora te tengo que contar una historia que aunque parece inverosímil, ha ocurrido de verdad. En Essen yo había conocido a un señor, un industrial de carácter jovial, quien cierto día me dijo: «Es bueno que Usted como pastor anime a los niños a hacer el bien. Tenga estos 100 marcos para su trabajo.» Y yo le contesté: «¿Y Usted no cree?» – «No, no» – me contestó, «¿sabe? yo tengo mi propia visión de ver las cosas ...» En fin, un buen hombre, pero tan alejado de Dios como la luna de la Osa Mayor. Pasó algún tiempo y tuve que presidir una boda. Cuando se celebra en una iglesia demasiado grande, eso suele ser algo desolador. Bueno pues a dicha boda asistieron sólo unas 10 personas además de los novios. Y entre ellas estaba este industrial, porque era el padrino de la boda. El pobre hombre me daba lástima: en su traje frac muy elegante y con su sombrero de copa alta en la mano, no sabía cómo había que comportarse en la iglesia. Yo le notaba que en su interior él se preguntaba si tenía que arrodillarse, o santiguarse o qué era lo correcto. Bueno, yo le ayudé un poco, poniendo su sombrero a un lado. Luego se cantó un himno. Por supuesto que él no tenía ni idea, pero hizo como que cantaba. ¿Te imaginas a este señor? Un hombre que encaja perfectamente en el mundo, pero no en la iglesia. Y entonces ocurrió algo muy extraordinario. Como la novia era maestra de la

escuela dominical, un coro de 30 niños cantó una canción desde la galería. Con sus tiernas vocecitas cantaron una sencilla canción de niños:

*De Jesús cordero soy,  
Siempre tras mi Dueño voy;  
Como buen pastor me guía,  
Toda mi alma en El confía,  
Porque su favor me da;  
Nada, pues, me faltará.*

*Por mi nombre me llamó,  
Y su voz conozco yo.  
Me protege el fiel cayado;  
Buenos pastos Él me ha dado,  
Claros fuentes en mi sed.  
¡Bueno es Él! ¡Gustad y ved!*

*Así siempre alegre estoy;  
¡Qué feliz cordero soy!  
Después de estos bellos días,  
¡Ángeles, con alas pías,  
A sus brazos me llevad!  
¡Grande es mi felicidad!*

Y mientras cantaban los niños, yo pensaba ¿Qué le pasa a este hombre? ¿Está enfermo?, porque se había derrumbado, se cubría la cara con las manos y estaba temblando. «Tengo que llamar a la ambulancia,» pensé. Pero, de pronto me di cuenta de que estaba llorando amargamente. Los niños cantando, y este hombre, este gran industrial estaba llorando. Poco a poco comprendí lo que había ocurrido en esta iglesia: Este hombre se había dado cuenta de que los niños tenían algo que él no tenía: un buen Pastor. Vio que era un hombre perdido y solitario.

Y yo os digo que en esta vida no podéis llegar más lejos que estos niños que podían decir: «Soy feliz porque pertenezco al redil de Jesucristo y tengo un buen Pastor.» No hay mejor puesto en el mundo. Ojalá tú también puedas decir que tienes un buen Pastor. ¿Queréis saber por qué creo en Jesús? Porque es el buen Pastor, el mejor amigo, mi Salvador vivo.

¿Jesús? ¿para qué? Todavía quiero decirte una cosa:

### **Jesús es el Príncipe de la vida**

Hace años dirigí un campamento en la selva de Bohemia, una cordillera a lo largo de la frontera alemano-checo-austriaca. Después de haber finalizado este retiro y después de marcharse los chicos, yo aún tuve que esperar allí un día más hasta que llegó a recogerme un vehículo. La noche la pasé en un antiguo castillo que había pertenecido a algún rey. Ahora vivía allí sólo el guarda forestal y todo estaba bastante decaído. No había luz eléctrica, pero sí un gran salón con una chimenea donde ardía un fuego acogedor. Me pusieron una lámpara de petróleo y me desearon «buenas noches.» Fuera rugía una tormenta. La lluvia azotaba a los pinos que había alrededor del castillo. Era un lugar adecuado para una historia de ladrones. Y justamente esa tarde yo no tenía nada para leer. Pero encima de la chimenea me encontré un cuadernillo y empecé a leerlo a la luz del farol de petróleo. Jamás había leído algo tan horrible. En ese escrito un médico lanzaba toda su furia contra la muerte. A lo largo de muchas páginas decía así más o menos: «Oh muerte, ¡enemiga de la humanidad! Una semana llevo luchando por la vida de un hombre y pensaba que ya había salido del peligro, y entonces te asomas detrás de su cama con tu risa irónica y me lo arrebatas – y todo fue en vano. Puedo curar a las personas, pero sé que al final todo es en vano – vienes con tu guadaña, y ¡zás! – todo se acabó. ¡Oh, muerte engañadora, enemiga cruel!» Página tras página había allí sólo



odio contra la muerte. Y por último vino lo más terrible: «Oh muerte, punto final, ¿qué digo? – no – ¡signo de exclamación!» Y literalmente continuó de esta forma: «¡Maldita! Ojalá fueras un signo de exclamación. Pero cuando te miro te conviertes en un signo de interrogación. Y yo me pregunto: ¿Termina todo con la muerte? ¿Qué viene después de tí? ¡Maldita muerte, infame incógnita!»

Ahí está el problema. Y yo te puedo decir, sin embargo, que con la muerte no acaba todo. Jesús lo sabe muy bien y Él dijo: «El camino es ancho que lleva a la perdición, y estrecho es el camino que lleva a la vida.» Pero la decisión se toma aquí en esta vida. Y ahora yo me gozo en que tengo un Salvador que me da la vida ya en esta vida, pues Él es la vida que lleva a la vida. Por eso predico a Jesucristo tan gustosamente.

Mira, durante la Primera Guerra Mundial estuve durante semanas en Verdun, donde se libraba una de las mayores batallas. Entre las líneas enemigas estaban tirados los cadáveres, ¡tantos muertos! Jamás he podido olvidar el hedor de los cuerpos en descomposición. Y siempre que veo un monumento en honor a los caídos por la patria huelo el olor de Verdun, el hedor de los cuerpos muertos en putrefacción. Y cuando pienso que en cien años todos nosotros ya no estaremos vivos, sopla ese hedor horroroso. ¿No lo notas?

¡Y en este mundo de muerte hay Uno que ha resucitado de la muerte! Y Éste dice: «¡Porque yo vivo, vosotros también viviréis! ¡Venid a mí! ¡Convertíos a mí! ¡Entregaos a mí, porque yo os llevo a la vida!» ¿No es ésto maravilloso? ¿Cómo es posible vivir en este mundo mortal sin este Salvador que es la vida y conduce a la vida eterna?

Hace unos días he leído una carta publicada por el profesor Karl Heim. Era la carta de un soldado creyente caído en Rusia durante la Segunda Guerra Mundial. La carta decía así: ¡Todo a nuestro

alrededor es horrible! Cuando los rusos disparan con su lanzacohetes Katyusha se apodera de nosotros el pánico. ¡Y el frío! ¡Y la nieve! ¡Horrible! Pero yo no tengo ningún temor. Si yo cayera, tiene que ser maravilloso: entonces con un solo paso estoy en la eternidad. Entonces la tormenta habrá cesado y veré a mi Señor cara a cara y su resplandor me rodeará. No me importaría morir aquí.» Poco tiempo después cayó. Cuando lo leí pensé: ¡Qué cosa más grande, que un joven ya no tenga temor de la muerte, por conocer a Jesús!»

Sí, ¡Jesús es el Príncipe de la vida!

Ocurrió durante un gran encuentro evangélico en Leipzig: Hubo un acto especial en el ayuntamiento. Estaban allí los más altos políticos y los responsables de la iglesia. Hubo discursos, en lo posible sin comprometerse en nada, para que ninguno pisara los callos del otro. Heinrich Giesen, el secretario general de ese encuentro, era el designado para dar la palabra final. No olvidaré cómo se levantó y dijo: «Señores, Ustedes nos preguntan qué clase de gente somos nosotros. Se lo voy a decir con una sola frase: Somos gente que ora a Dios: «Señor, hazme santo, para que pueda entrar en el cielo.» Y entonces se sentó otra vez. Fue tremendo cómo la gente se quedó impactada.

Durante la Guerra de los Treinta Años Paul Gerhardt escribió este himno:

*Aunque quiero vivir mi vida, en este mundo vil  
mi meta es la partida a un mejor redil  
Voy por mi ruta a mi celestial hogar  
y nada me inmuta, allí mi Padre me va a consolar.*

Deseo que tú también puedas ir por la vida así.

¿Jesús? ¿Para qué? ¡Todo, verdaderamente todo depende de que tú le conozcas!

## *Nuestro derecho al amor*

Otra manera de esbozar el tema sería: «¿Acaso es pecado el amor?» De lo que se trata es del sexo, un asunto que nos preocupa a todos. Así que voy a empezar de lleno con este tema de «Nuestro derecho al amor», porque tengo que decir cosas muy importantes.

### **¡Cuántas penas y dolor!**

Algo muy extraño en nuestros días es el hecho de que tantas personas sufran de soledad, a pesar de que vivimos aglomerados como nunca antes. Vivimos como sardinas en lata, pero estamos más solos que la una.

Un chico de 16 años me dijo una vez: «¡No tengo a nadie!» Y yo le dije: «¡No digas tonterías! Tienes a tu padre.» «¡Ah, el viejo!», me contestó, «viene a casa a las cinco de la tarde, se pone a regañar un poco, come y luego se va otra vez.» «¿Y tu madre?» «Ah, tiene mucho trabajo. No tiene tiempo de atenderme.» «¿Y tus compañeros de trabajo?» «Son colegas, nada más; – no tengo a nadie con quien desahogarme.» Y eso me lo dijo un joven de 16 años. Pero esta soledad reina también en los más mayores. Hay mujeres que viven junto a su marido en completa soledad y viceversa. El marido no tiene ni idea de lo que conmueve y ocupa a su mujer. Y la mujer no tiene la menor idea de lo que preocupa a su marido. ¡Y a eso lo llaman matrimonio! Todos nos sentimos solos.

Cuando los filósofos de nuestros días hablan de la soledad del hombre, todos están atentos y escuchan. El grito del hombre es su clamor por salir de esa soledad. Y mira lo que pasa: Estas

ansias de ser liberado de la soledad se unen con la mayor potencia que hay en nuestra vida: el instinto sexual. Y entonces se rompen los diques: el chico de 15 años se busca una amiga que le rescate de su soledad. El marido que vive una vida paralela al lado de su mujer, sintiéndose absolutamente solo, se lia con su secretaria, para que ella quizá lo saque de su soledad. El joven estudiante, uno entre 10.000 o 20.000 estudiantes en una universidad, y aún así se encuentra solo, se junta con una estudiante igualmente sola como él. El anhelo de salir de la soledad se une con el instinto más poderoso de la vida: con el instinto sexual. Y este es el motivo por el que hoy vivimos en un mundo tremendamente sexualizado. Muchos comerciantes astutos se aprovechan de este hecho, al igual que los directores de cine y los escritores de novelas. Eso significa que no hay película sin escenas de sexo, ni libro sin al menos un adulterio.

Si observamos la juerga – el besuqueo, el ligar, el flirteo – entonces parece que todo es alegría y placer. Una chica me dijo: «¡Es que nosotros tenemos ideas totalmente diferentes a las de nuestros abuelos. ¡Tenemos una nueva moral, una nueva ética!» Entonces casi me dieron ganas de quitarme el sombrero respetuosamente (si hubiese tenido uno puesto) y responder: «¡Hay que ver!» Pero como llevo tantos años de pastor en una gran ciudad, ya no me creo esas palabrerías. Y sé por experiencia que las cosas no van de maravilla, que todo es mera fachada. ¡Y cuántas penas hay detrás de esa fachada! ¡Chicos y chicas viviendo en uniones tristes y dudosas; jóvenes que no pueden consigo mismos, que no ven ninguna salida! Matrimonios que no son sino hipocresía o que están quebrantados. ¡Es para llorar! Y todos sabemos algo de esa miseria, pues no hablo de personas cualesquiera, sino de nosotros.

Hace años hablé en una pequeña ciudad sobre el mismo tema que hoy, y los oyentes eran sólo jóvenes. Cuando entré en la sala pensé: «Esto es el infierno.» Chicos y chicas fumando. Un par de tipos incluso sacaron sus botellas de aguardiente. Algunas de las

chicas estaban sentadas en las rodillas de los muchachos. «¡Vaya! Y aquí tengo que hablar yo ahora», pensé. Y entonces comencé con estas palabras: «¡En el campo de lo sexual hay tanta angustia y miseria que es desgarrador!» En ese momento «todas las perisianas se subieron». Aún veo a uno de los chicos, cómo de pronto se quitó de encima a su chica. Esas palabras lo habían tocado. De repente reinó un silencio sepulcral. Y entonces tuve que pensar: «A primera vista todo parecía arroyos de leche y miel, pero, efectivamente, era verdad que en el campo de lo sexual hay una angustia general desgarradora.

### **¿En qué consiste la miseria?**

En el fondo, la miseria consiste en el hecho de que ya no sabemos lo que es bueno y lo que es malo. Decimos que hoy tenemos nuevos puntos de vista en este campo. Pero lo cierto es que el pecado sigue siendo una realidad. Cuando pecco, se pone una carga sobre mi conciencia. Eso es una realidad. Y así nace esta angustia, porque ya no sabemos distinguir entre el bien y el mal, no sabemos lo que es bueno y lo que es malo. Déjame preguntar ahora sin rodeos: ¿Está bien tener una relación sexual antes de casarse? – ¿Es eso bueno o malo? En un matrimonio difícil, ¿es el adulterio una necesidad – o es malo? ¿Es pecado el amor lesbiano, lo que hacen chicas con chicas, o no? ¿Es la homosexualidad, que un hombre con otro, o un chico con otro chico hagan cosas sucias, algo malo, o no? ¿Es mala la masturbación? ¿Y el divorcio? Mirándolo bien ¿qué es malo y qué es bueno? Aquí nace el problema. Miles de novelas hacen como si este ámbito estuviera más allá del bien o del mal, como si esta cuestión se pudiera dejar a un lado. La falta de lealtad – eso es malo ¡a que sí! pero este tema de la sexualidad no tiene nada que ver con el bien y el mal. Mira las películas modernas: un beso en primer plano, y luego escenas más íntimas. Hoy es tan normal, todo esto parece estar fuera de una evaluación. ¿Es eso aceptable? ¿Qué

está mal y qué está bien? Recuerdo como de joven se despertó en mí la conciencia, y fue angustioso el deseo de saber lo que era lícito y lo que estaba prohibido.

Para poder responder bien a esta pregunta, tenemos que hacer primeramente otra pregunta: «¿Quién es el que determina lo que es bueno y lo que es malo? ¿Quién puede definirlo?»

El otro día me encontré con una parejita: ella con las pestañas pintadas de color malva y él un chico algo inestable con las puntas de los dedos manchados de marrón por fumar. «No hace falta que os pregunte nada, se ve de lejos cómo estáis viviendo», les dije. Entonces la chica me explicó: «Pero pastor, ¿qué hay de malo en ello?» Y yo contesté: «¡Un momento! ¿Quién decide si hay algo malo en ello o no?» ¿Quién nos puede decir lo que es bueno y lo que es malo? ¿La iglesia quizá? ¡No! Yo no me sometería a ella. De joven me negué a que los pastores tuvieran dominio sobre mi vida, pero mira por dónde, ahora yo mismo soy un pastor. ¿Quién dice lo que es bueno y lo que es malo? ¿La tía Amalia? ¿O mi propia conciencia? Algunos dicen: «Yo me guío por mi voz interior» – ¡Cuidado! ¿Quién define lo que es bueno y lo que es malo?

Mira, ahora hemos llegado a un punto muy importante. Si existe un Dios vivo, Señor del mundo, entonces Él establece lo que es bueno y lo que es malo. Si Dios no existe, entonces haz lo que quieras. Portarme bien sólo por que la tía Amalia así lo desee, eso no me convence. Aquí cada uno tiene que plantearse la pregunta: ¿Existe Dios o no? Conozco a personas que viven en toda clase de suciedad, y sin embargo afirman que ellos también creen en Dios. ¡Qué disparate! Si Dios existe, entonces Su voluntad en el campo de lo sexual es lo que cuenta y tiene validez. Tienes que decidirte: puedes destituir a Dios de tu vida, pero entonces también tienes que estar dispuesto a morir sin Él. No podemos decir hasta los 45 años «Yo vivo sin Dios» – y después en la vejez creer en Él. Eso no funciona. «Buscad a Dios mientras pueda

ser hallado» – dice la Biblia – no dice «Buscádle cuando a vosotros os parezca bien.» Repito: Si Dios no existe, entonces puedes hacer lo que quieras. Pero, si Dios existe, entonces Él decide lo que es bueno y malo. ¿Lógico, no?

Y ahora te digo que ¡Dios existe de verdad! Dios está vivo. Y si me preguntas de dónde lo sé tan ciertísimamente, entonces te contesto: ¡porque Él se ha revelado en Jesús! Me gustaría dejarlo muy claro: Desde la venida de Jesús es ignorancia o mala voluntad el ser indiferentes con respecto a Dios o negarle. Dios vive, y porque vive, Él establece lo que es bueno y lo que es malo. Puedes desterrarle de tu vida; puedes decir: «Yo tengo otros principios morales» – pero yo te garantizo que un día tendrás que dar cuentas de tu vida delante de Dios.

Es sumamente liberador cuando comprendemos que es Dios quien decide lo que es bueno y lo que es malo. Y en su Palabra, la Biblia, nos lo ha dicho claramente. Una vez me preguntó un hombre muy asombrado: «Pero ¿es verdad que la Biblia habla también de «esas cosas»?». «Pues, claro que sí», le contesté, «Dios da instrucciones muy claras acerca de lo que es bueno y lo que es malo en el campo de la sexualidad.»

¿Estás siguiéndome en lo que te vengo diciendo? Es necesario preguntar: «¿Qué dice Dios sobre este tema?» Te voy a resumir lo esencial de lo que dice la Biblia al respecto.

## ¿Qué dice Dios?

### *Dios aprueba la sexualidad*

Hay una poesía de Kurt Tucholsky en la cual dice más o menos esto: «De mi cintura para arriba soy cristiano, pero de la cintura para abajo soy pagano.» ¡Hablar así es una barbaridad! La Biblia dice: «Y Dios creó al hombre a Su imagen ... Hombre y mujer los creó» (Génesis 1:27). Y Dios nos creó con nuestra sexualidad. Por eso hablo aquí tan francamente de ella. No es un tabú. Dios me ha creado hombre – y si tú eres un hombre, es que te ha creado hombre. ¡Seamos pues hombres – y no peleles! Y a ti, Dios te ha creado mujer. Entonces ¡sé mujer! El esfuerzo obstinado de querer ser como los hombres, o vice versa, es algo anormal. Si Dios te ha creado mujer: Sé una mujer auténtica. Y si te ha creado hombre: Sé un hombre auténtico. Dios creó al ser humano y lo creó hombre y mujer – no hizo un tercer sexo. Dios aprueba nuestra sexualidad. De eso puedo estar seguro. No tengo que esquivarlo. Toda la tensión y los sentimientos que conlleva el hecho de ser hombre o mujer, es parte de la creación.

Pero somos una creación caída. El mundo ya no es como salió de la mano de Dios. Y por eso este campo de lo sexual tan importante y tan tierno está muy amenazado. Por eso Dios ha protegido este ámbito:

### *Dios protege la sexualidad mediante el matrimonio*

Él aprueba la sexualidad y la protege con el matrimonio. El matrimonio no es un contrato social, sino una institución divina.

Un psiquátra americano, quien ha escrito un gran libro sobre este tema sin ser creyente, dijo: «Jamás se ha escrito una afirmación mayor sobre toda esta cuestión que la frase que halla-



mos en la Biblia: «Y Dios creó al hombre a su imagen ... Hombre y mujer los creó.» Aunque no soy cristiano, como psiquiatra digo que esto es lo justo y correcto: el matrimonio.» Pero entendlo bien: el matrimonio fiel – no el séptimo, octavo, noveno o décimo «matrimonio» como entre las estrellas de Hollywood. El hecho de que estos matrimonios nos los presentan como ideal es otra locura de nuestro tiempo y revela todo el desconcierto reinante. Dios creó el matrimonio como institución: el matrimonio del amor y de la fidelidad.

Y ahora me gustaría dar un pequeño discurso sobre el matrimonio: Vosotras, apreciadas mujeres, no sois buenas esposas por el mero hecho de cocinar buenas comidas a vuestros maridos y coserles los botones sueltos. Vosotros, hombres, no sois buenos maridos por el mero hecho de traer el dinero a casa, y por lo demás no preocuparos de vuestras esposas. Según la voluntad de Dios, el matrimonio debe sacarnos de la soledad. Los que estáis casados ¿es así vuestro matrimonio? Quizá tengáis que hablar juntos y admitir: «¿A dónde hemos llegado? Nuestro matrimonio debería liberarnos de la soledad.» «No es bueno, que el hombre esté solo», dice Dios al principio, «le haré ayuda idónea para él» (Génesis 2:18). Otras traducciones dicen: «Voy a hacerle una ayuda adecuada», o «a su medida». ¿Comprendes? ¡Liberación de la soledad!

Cuando yo era niño, mi hermana y yo estuvimos en una boda de familiares nuestros en Stuttgart. Fue la primera boda que viví y todo era sumamente interesante. A la iglesia fuimos en carroza y luego hubo una gran comida en un hotel y de postre iba a haber una tarta helada. Mi hermana y yo estábamos sentados a la mesa con un solo deseo: que llegara pronto el delicioso postre. Pero había que soportar previamente discursos interminables, porque un tío de ellos y luego otro tío y otro se levantaron a dar grandes discursos. Eso era de lo más aburrido, pero a pesar de todo, uno de esos discursos jamás le olvidaré. Se levantó otro tío más que quería dárselas de muy gracioso y dijo: «Muy apreciados con-

vidados, se cuenta la historia de que en el cielo hay dos sillas preparadas para aquellos esposos que jamás se hayan arrepentido de haberse casado. Pero hasta el día de hoy, esas sillas están vacías.» En ese momento alguien le interrumpió. Fue mi padre quién desde una punta del banquete le dijo a mi madre, que estaba en la otra punta de la mesa: «¡Cariño, esas sillas son para nosotros dos!» Aunque yo era muy pequeño y no comprendí del todo el sentido más profundo, sin embargo sentí un torrente de gozo que inundaba mi corazón, porque yo podía sentir ese calor tan maravilloso que reinaba en nuestro hogar. ¿Es tu matrimonio así? Esa era la idea que Dios tenía.

En mi propia boda, un viejo colega dio un simpático discurso de banquete sobre el texto bíblico: «le haré ayuda idónea que esté **con** él.» Dijo así: «Dios no le hizo una déspota que gobernara sobre él, ni una esclava que estuviese debajo de sus pies. Tampoco hizo una mujer a su lado, como cosa que se puede dejar de lado, sino una ayuda a su medida que estuviese con él, una **cónyuge**.» ¡Cuánto me gustaría poder entonar un canto de alabanza sobre el matrimonio! Pero nos falta el tiempo.

Me conmovió profundamente cuando en las bodas de plata mi padre mirando a su esposa le dijo: «¡En estos 25 años cada día ha aumentado mi amor por ti!» Entonces tuve que pensar en todos aquellos matrimonios en los que poco a poco todo se ha ido enfriando. ¡Terrible! Hay muchos cónyuges que deberían decir a su pareja: «Tenemos que empezar de nuevo.» Creedme, ¡eso es posible!

Y ahora viene un tercer punto: Hay muchos jóvenes que dicen: «Yo todavía no pienso en casarme. ¿Y qué de nosotros? ¿Podemos hacer lo que queramos?» A estos digo lo siguiente:

## *Dios quiere una juventud pura*

Ya lo sé: eso suena ridículo hoy en día. Pero, ¿acaso crees que Dios está bajo el dictado de la moda? No soy yo el que lo dice, sino la Palabra de Dios.

Me gustaría cimentar este pensamiento. Mira, la Biblia nos presenta un pensamiento magnífico: Nos cuenta de un joven que se llamaba Isaac. Un día su padre envió a un siervo suyo a buscar una esposa para su hijo. ¿Y qué hizo Isaac? Salió al campo a orar, porque estaba convencido de que era Dios quien le daría la esposa adecuada. Y ya era fiel a esa esposa aun antes de conocerla. ¡Jóvenes, que aún no pensáis en casaros, podéis estar convencidos que Dios os dará la mujer adecuada en el momento oportuno! ¡Y desde ya mismo debéis ser fieles a esta chica! O vice versa: ¡Chicas, sed fieles a aquel que aún ni siquiera conocéis! Este es el pensamiento de la Biblia. Dios quiere una juventud pura.

Un médico psiquiatra me explicó una vez lo siguiente: «Estoy convencido de que una joven en el fondo solo puede amar una vez auténticamente. Sólo una vez se abre su corazón de verdad. Si una chica ha tenido siete amoríos» – literalmente me dijo estas palabras – «se ha estropeado» y se ha malogrado para el matrimonio. Se casa con el séptimo, pero siempre pensará en el primero a quien amó.» – «Interesante,» le contesté, «Usted desde la psicología ha dado con las mismas verdades que la Palabra de Dios.»

Así que tengo que decir aquí rotundamente que son pecado las relaciones sexuales prematrimoniales, el amor lesbiano, la homosexualidad, el adulterio y el divorcio. ¡Y de esto tendreis que dar cuentas delante de la presencia del Dios santo!

En realidad, podría concluir aquí mi mensaje. Fue una gran ayuda para mí, cuando de joven comprendí lo que era la volun-

tad de Dios y que Él es el que manda. Pero sería cruel si terminara ahora sin decir algo importante todavía.

### *Cómo se puede superar esta situación angustiada*

En la Biblia hallamos una historia maravillosa y estremecedora. Vemos a Jesús, el Hijo del Dios viviente, rodeado de personas. De repente – un alboroto tremendo. Un pelotón – sacerdotes y el populacho – se abre paso, arrastrando consigo a una mujer joven y bella. Parece que la estoy viendo con sus ropas rasgadas. Tiran de ella hasta ponerla delante de Jesús y le dicen: «Maestro, a esta joven la hemos pillado adulterando con otro hombre. El mandamiento de Dios dice que los adúlteros son culpables de muerte. Tú eres siempre tan misericordioso, Señor Jesús, pero seguramente que no dirás algo en contra de la voluntad de Dios. ¡Queremos oír de Ti que esta mujer tiene que ser apedreada ahora!» Entonces Jesús pone su mirada en esta joven mujer y responde: «Sí, Dios toma muy, pero que muy en serio este asunto; y de acuerdo con la voluntad de Dios lo que ha hecho es digno de muerte.» Ya se dibuja una sonrisa satisfactoria en las caras de los acusadores. Algunos ya tenían piedras en sus manos, porque los adúlteros debían morir apedreados. Pero Jesús continuó diciendo: «¡Un momento! Aquel de entre vosotros que esté totalmente sin pecado – en pensamientos, palabras y obras – que ese tire la primera piedra.» Y entonces Jesús se inclina y escribe algo en la arena. Me gustaría saber lo que escribió, pero la Biblia no nos lo dice. Después de un largo rato se pone de pie – y el lugar está vacío. Todos se han ido menos la mujer que aún está allí. La Biblia dice que «acusados por su conciencia, salían uno a uno» (Juan 8:9).

Y ahora yo os pregunto a todos: ¿Hubierais podido vosotros tirar la primera piedra contra la mujer por estar limpios en esta área de vuestra vida? Puros en vuestro pensar y actuar. ¿Hubiérais podido tirar la primera piedra? Ninguno ¿verdad? Entonces lo

que somos aquí es una reunión de pecadores, y efectivamente, es así.

Mira, esta gente cometió un gran error. Se fueron «acusados por su conciencia.» Deberían haberlo hecho al revés. Deberían haber dicho: «Señor Jesús, ¡tenemos que ponernos al lado de esta mujer. Tú no la has condenado, ¡ayúdanos también a nosotros!» En la situación apurada y dolorosa de nuestros días en lo que se refiere a lo sexual, no sé de otro ayudador excepto Jesús. Y el que yo diga esto es porque yo mismo he vivido de esta ayuda de Jesús. Cuando hablo de Jesús no digo teorías. Él ha sido la vida de mi vida y lo es hasta este momento. No creáis que un pastor por ser pastor es neutral. También soy varón y como hombre necesito al Salvador igual que vosotros. Yo he experimentado lo grandioso de este Salvador Jesús y lo es en dos aspectos:

### *Jesús perdona la culpa*

Ningún pastor, sacerdote, ni siquiera los ángeles pueden perdonarte tus pecados. El primer pensamiento sucio y cualquier caída son una culpa irreparable. Y con esa culpa vas a la eternidad, al juicio de Dios – a no ser que halles antes a Jesús y le confieses a Él tus pecados, para que Él te los perdone. Jesús es el único que puede perdonar nuestro pecado.

Ponte delante de la cruz de Cristo y dile: «Ahora pongo delante de Ti todos los pecados de mi juventud. Te confieso todas mis relaciones turbias y no quiero ocultarte nada.» Y entonces mira su cruz y di:

*Me hirió el pecado, fui a Jesús  
mostrele mi dolor,  
perdido errante vi su luz  
bendijome en su amor.*

*En la cruz, en la cruz,  
do primero vi la luz,  
y las manchas de mi alma  
yo lavé, fue allí por fe  
do vi a Jesús  
y siempre feliz con él seré.*

Recuerda: «La sangre de Jesucristo, el Hijo de Dios nos limpia de todo pecado» 1 Juan 1:7. ¡Qué palabra más liberadora!

Cuando estuve en el servicio militar, a mis diecisiete años me introdujeron bien en toda clase de suciedad. De pronto desperté y, mirando toda la suciedad en mi camino, me pregunté: «¿Quién me librerá de mi juventud estropeada?» Y entonces comprendí que era Jesús quien liquidaba mi pasado y perdonaba mi culpa. Entonces me convertí a Él y ahora ya no quiero vivir sin Él.

Una vez hablé en Düsseldorf en una gran reunión sobre el hecho de que Jesús acaba con nuestro pasado por el perdón de nuestra culpa. Cuando terminó la reunión y todos salían hacia fuera, vi que un hombre distinguido estaba abriéndose paso para venir hacia mí. Finalmente llegó donde yo estaba y muy agitado me preguntó: «¿Es verdad lo que usted ha dicho, que existe el perdón de la culpa?» «Sí,» le contesté «¡gracias a Dios existe, y yo vivo de ese perdón!» Entonces me contó: «Yo soy psiquiatra. Mire, a mí vienen muchas personas con enfermedades mentales. Tienen complejos. Pero no saben el porqué de su sufrimiento. Casi siempre son las viejas historias, los errores de la vida, la culpa del pasado que no recuerdan bien, o no quieren recordar. Yo tengo que trabajar mucho tiempo con ellos hasta sacar del subconsciente las viejas historias y hacerles recordar lo que pasó. Pero ahí terminan mis posibilidades. Si bien puedo sacar a la luz la culpa olvidada – la mentira, la pelea o impureza sexual – pero ahí se queda la cosa. Muchas veces he pensado con desesperación: «Ah, ¡si pudiera quitar de en medio la culpa, después de sacarla a la luz!» Y por eso le pregunto ahora, pastor Busch, ¿es

verdad que hay alguien que puede quitar de en medio la culpa? ¿Es eso verdad o no?» Entonces de nuevo se lo confirmé con alegría: «¡Gracias a Dios! ¡Sí hay Uno que puede!» Y entonces me di cuenta de lo grandioso y asombroso del mensaje que tenemos en el Nuevo Testamento: ¡Jesús perdona la culpa!

## **El otro aspecto es que *Jesús libera de las ataduras***

Una vez le dije a una joven secretaria muy guapa: «Señorita, ¡Usted irá al infierno, si sigue así! Su amorío con su jefe es horrible. ¡No haga infeliz a este hombre y a su familia!» Entonces me respondió con dolor en su expresión: «¡Pero, es que no puedo dejarlo, le amo!» «Sí,» contesté «¡pero este hombre tiene mujer e hijos! Usted es cruel.» Y otra vez me dijo: «¡Pero no puedo salir!» Con todo noté cómo ella sentía la tortura de esta relación, pero sin poder romperla. Entonces me sentí contento al poder decirle: «Mire, es verdad que nosotros no podemos romper las cadenas del pecado, pero la Biblia dice que «Si el Hijo de Dios os hace libres, seréis verdaderamente libres». ¡Invoke a Jesús! ¡Él puede romper esas oscuras ataduras!»

Hay un himno alemán que amo muchísimo:

*Cristo vino al mundo  
– ya se quiebran las cadenas,  
sogas de muerte – Él las cortó,  
Cristo el Fuerte camino se abrió,  
Él hace libre de duras condenas,  
vuelve el honor tras vergüenza y pecado,  
quien nos libera por fin ha llegado.*

Y como pastor en una gran ciudad he vivido muchas veces cómo se han roto las sogas de la muerte.

En estas angustias y ataduras sexuales vemos que tanto jóvenes como mayores necesitamos al Salvador, al Redentor. ¡Vemos cómo Jesús nos da una salvación gloriosa y real! ¡Pruébalo tú también! Tú necesitas un Salvador, de otra manera tu vida será una pena.

## **El mundo está sediento de «ágape»**

Aún tengo que añadir una cosa. Muchas mujeres me dicen: «Ya hemos pasado de los cuarenta y nadie se ha casado con nosotras. ¿Qué debemos hacer?»

Yo soy un pacifista convencido y se puede decir que llegué a esta convicción por el dolor y la pena de estas jóvenes. Durante la Segunda Guerra Mundial cayeron cinco millones de hombres jóvenes. Esto significa que cinco millones de chicas se han quedado sin ver cumplido el mayor deseo de su vida, el deseo de hacer feliz a un hombre. Esto significa que en nuestra nación cinco millones de chicas tienen que ir en solitario por la vida. ¿Se necesitan más razones para estar en contra de las guerras? Imagínate esta pena en el corazón de estas cinco millones de jóvenes. Los hombres que ellas querían hacer felices se quedaron en los campos de batalla. A estas mujeres quiero decirles esto: «¡Por Dios! no robéis para vosotras ahora, pecando, lo que habéis perdido. ¡No os metáis en matrimonios ajenos! Por nuestra nación está pasando un torrente de peligro y tentación.» ¿Y qué de nosotros?» nos preguntan. Entonces yo les contesto: «Si Dios ha conducido así vuestra vida, entonces aceptadlo, no pongáis el grito en el cielo, porque el no casarse no significa que vayamos a ir por la vida pobres e infelices. La Biblia nos cuenta de una mujer soltera que se llamaba Tabita. Ella vivía en la ciudad de Jope, lo que hoy es Jaffa (Hechos 9:36-40). Cuando murió, se encontraba cerca el apóstol Pedro y lo llamaron. Al entrar en la habitación de la difunta se quedó ató-



nito, porque él pensaba que la pobre solterona estaría sola allí. Pero ¡el cuarto estaba lleno! Una viuda que le dice: «Esta falda me la ha cosido Tabita.» Un hombre ciego que le explica: «Yo estaba tan solo, pero Tabita venía todos los domingos por la tarde y me leía algo durante una hora. ¡Era la hora más feliz de mi vida cuando ella venía!» También había allí niños pequeños – esos con el morrete y las narices sin limpiar – que decían: «nadie nos hace caso, venimos de la escuela y no hay nadie en casa. Y entonces vino Tabita y se hizo cargo de nosotros.» Entonces Pedro comprende: La vida de Tabita fue mucho más rica y satisfactoria que la de muchas mujeres casadas quien al lado de un esposo aburrido con el tiempo se amargaron.

En nuestra lengua tenemos solamente una palabra para designar «amor». Pero en el griego hay dos palabras para decir «amor». El Nuevo Testamento está escrito en griego. El amor del que hablamos al principio se llama «eros» en el griego. De ahí la palabra «erótico». Y luego hay otra palabra para expresar «amor» y es la palabra «ágape». El mundo está sediento de este amor.

Permíteme repetirlo: Dios define lo que es bueno y lo que es malo. Dios dice: una juventud pura, un matrimonio con fidelidad. Y cuando no puede haber matrimonio, entonces lo importante es aceptarlo.

## **El amor al que no tenemos ningún derecho**

Antes de terminar voy a hablar otra vez de Jesús. Mi tema era: «Nuestro derecho al amor». Hay un amor al cual no tenemos ningún derecho, un amor que recibimos libre y gratuitamente. Es el amor de Jesucristo. Nosotros somos pecadores y necesitamos a un Salvador. Permíteme que te cuente un testimonio personal:

Durante el Tercer Reich yo me encontraba otra vez en la cárcel por causa de mi fe. El pastor de la prisión vino a verme y me dijo: «Las perspectivas son muy malas para usted.» Después se fue y yo me quedé solo en mi celda. Era muy estrecha. Arriba del todo había una pequeña abertura por donde entraba algo de luz. Hacía frío y yo estaba tiritando. Todo el ambiente era frío. Anhelaba tanto estar con mi mujer y mis hijos, seguir con mi ministerio, seguir atendiendo a los jóvenes, pues yo era pastor de jóvenes. Y ahí estaba yo – sin esperanza de volver a mi camino. Cuando llegó la noche vino sobre mí una inmensa desesperación. No sé si alguna vez en la vida has llegado a tal desesperación. Ese fue el momento en el que el Señor Jesús entró a mi celda – tengo que dar testimonio de ello, pues así fue. Jesús vive y puede entrar a través de puertas cerradas, y así lo hizo. Entró y me hizo ver otra vez su muerte en la cruz donde Él murió por mí pecador. Y escuché su palabra: «Yo soy el buen Pastor. El buen Pastor su vida da por las ovejas» (Evangelio según San Juan 10:11). En ese momento un torrente del amor de Jesús se derramó sobre mí, que casi no pude soportarlo, casi fue demasiado para mi corazón. Y comprendí que había un amor que no merecemos, al cual no tenemos ningún derecho, un amor que nos es dado gratuitamente.

¡Y es también para ti! ¿Por qué dejas que este torrente pase de largo sin tocarte? ¡Quiere entrar en tu mismo corazón!

## *¡No tengo tiempo!*

«¡Tienes que venir a escuchar las conferencias del pastor Busch!»  
– La respuesta más probable a semejante invitación será: «Lo siento. No tengo tiempo.»

Mira lo que me ocurrió durante una cura de reposo (un período de convalecencia en un balneario con tratamiento médico): durante las comidas yo tenía mi sitio enfrente de un hombre mayor con el que me entendía bien. «¡Cómo disfruta aquí este hombre!», pensaba yo a veces, cuando observaba cómo saboreaba la comida, o cómo dormitaba al sol en su silla reclinable. Pero paulatinamente me entristecía que nuestras conversaciones giraban sólo en torno a cosas superficiales. «¿Y eso es malo?», te preguntarás quizás. Bien, estoy convencido de que Dios es real. Toda mi vida cambió, cuando supe que Dios había hecho algo tremendo: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» Juan 3:16. Es terrible, cuando una persona pasa de largo y no se interesa por esta salvación que Dios ofrece. Aparentemente, mi compañero de mesa era una de esas personas. ¿Qué sentirá cuando Dios lo llame a Su presencia? Una tarde le entregué un librito que yo mismo había escrito. «Por favor, lea ésto. Trata de experiencias con Dios. Hallará cosas importantes que merecen ser consideradas.» ¿Y qué ocurrió? El hombre me dio las gracias y me dijo: «Ahora tengo que descansar y recuperarme ... pero quizás tenga oportunidad de leer semejante cosa en casa.» Y de esta forma arrinconó el librito. Yo me quedé triste, porque nunca más iba a tener tanto tiempo libre como lo tenía ahora aquí en el balneario. Él simplemente no quería tener tiempo para Dios. Es peligroso tratar así a Dios, y por eso considero importante hablar de este tema.

## 1. Un hecho curioso y desconcertante

Sería interesante saber el por qué no tenemos tiempo. En primer lugar me gustaría llamar la atención sobre un hecho que me tiene muy intrigado y que nadie puede explicar. Mira: cuando hace cien años un comerciante de Berlín quería firmar un contrato con un comerciante de Colonia, tenía que viajar 5 días en una diligencia para ir y cinco para volver. O sea 10 días de viaje para quizá dos días de negociaciones hasta zanjar el negocio. Entre unas cosas y otras se le iba medio mes. El comerciante de nuestros días, en cambio, hace una simple llamada por teléfono y se ha ahorrado 12 días. Pero si me paro a considerar los comerciantes de hoy no veo a ninguno que le sobren 12 días. ¡Todo lo contrario! Todos me dicen: «No tengo tiempo.» ¿Cómo se explica esto?

Cuando de niño iba desde Dusseldorf a visitar a mis abuelos cerca de Stuttgart, esos 400 kilómetros eran casi como una vuelta al mundo para mí. Ahora con los trenes de alta velocidad se llega en dos horas y media. Por lógica, la gente ahora tendría que tener tiempo de sobra. Antiguamente se trabajaba 60 horas a la semana y más. Hoy a lo mejor se trabajan 40 horas a la semana. Pero nadie tiene tiempo. ¿Cómo es eso posible?

Otro ejemplo: Hoy todo está dispuesto y preparado para hacernos la vida más cómoda. Mi madre tenía tiempo para leer cada día cuatro capítulos en la Biblia y para orar por todos sus seres queridos. Y entonces no había lavadoras ni electrodomésticos. Mi madre tenía ocho hijos que cuidar, y no llevaban ropa de nailon resistente, sino había que zurcir todos los calcetines. Y ella tenía tiempo para leer al día cuatro capítulos de la Biblia. ¿Tienes tú el tiempo de hacerlo igual que ella? No, creo que te falta el tiempo para hacerlo. Entonces, ¿qué ocurre aquí?

¿Comprendes? Todo está dispuesto, para que ahorremos tiempo – ¡pero nadie tiene tiempo! ¿Cómo te lo explicas? Yo he estado

meditando mucho sobre esto y es algo difícil de entender. Mirándolo seriamente, sólo hay una explicación – y esa nadie la quiere escuchar, pero de verdad que no conozco otra explicación: y es que ¡detrás de todo esto hay alguien que nos atosiga, que nos mete mucha prisa! Hay uno que se encarga de que el hombre no tenga tiempo, uno que como el domador en el circo, hace sonar el látigo constantemente metiendo prisa a todos. Y eso es precisamente lo que dice la Biblia: En efecto, ese ser existe, y es el diablo. Ahora te preguntará, si el diablo existe realmente. Y yo te contesto ¡que sí, que el diablo existe! «La potestad de las tinieblas» (Colosenses 1:13) existe.

Hace unos días un hombre me explicó que para él el cristianismo había terminado. Entonces le contesté: «¡No se deje usted engañar! El diablo tiene poder sobre usted. El diablo va a terminar con usted.» A lo cual me respondió con una sonrisa burlona: «¡El diablo! ¿Existe un diablo?»

La Biblia nos cuenta cómo Jesús fue llevado por el diablo a un gran monte, desde donde había una buena vista. Entonces quitó el velo y Jesús vio en espíritu todos los reinos del mundo y su gloria. Entonces el diablo le dijo a Jesús: «A ti te daré toda esta potestad, y la gloria de ellos; porque a mí me ha sido entregada, y a quien quiero la doy. Si tú postrado me adores, todos serán tuyos» (Lucas 4:6-7). Este es uno de los pasajes de la Biblia que más me sobrecogen, porque el Señor Jesús no le contradice. Es verdad que el diablo tiene poder sobre este mundo. ¡Y yo te digo que si no comprendes que existe el poder de las tinieblas estás ciego! Porque ¿cómo te explicas este mundo si no tienes esto muy claro? Sólo quiero tocar un par de puntos:

Por ejemplo, pienso en todas aquellas personas adictas. Una noche vino a mí un director de una empresa borracho como una cuba. A pesar de haber tomado mucho alcohol, su mente estaba aún bastante lúcida y me dijo: «¡Ayúdeme! No puedo remediarlo ¡tengo que beber! Mi padre fue un borracho y me

lo ha heredado. ¡Tengo que beber!» ¿Qué piensas tú? ¿Cuántas personas hay que en el fondo de su corazón se lamentan: «¡No puedo remediarlo!» Díme, ¿quién se lo manda hacer? Con solo ver toda la miseria de nuestro tiempo basta para darse una cuenta de que existe la «potestad de las tinieblas», como dice la Biblia.

O bien piensa por ejemplo en la labilidad sexual de nuestros días. Ahí tenemos a un hombre de mediana edad con una familia encantadora – una mujer encantadora – y de repente cae en la trampa de una empleada de su empresa. Fui a verle y le dije: «¡Oiga, está arruinando su vida, arruinando a su familia, sus hijos se mofarán de usted.» Aún recuerdo bien lo que me contestó, ese gran ejecutivo industrial: «¡No puedo dejar a esa mujer; es superior a mí!» ¿No notamos aquí algo del poder de las tinieblas?

El conocido autor inglés Sommerset Maugham escribió un extenso libro titulado «De la servidumbre del hombre». ¡Cómo nos dejamos esclavizar! Los mayores aquí se sujetaron ciegamente a Hitler. «Yo estaba convencido de que dos por dos son veinte. Me lo creí, porque lo decía el «Führer»». ¿No se nota aquí también el poder de las tinieblas, y que existe el diablo?

El gran poeta alemán Goethe escribió un drama tremendo: «Fausto.» En esa tragedia una joven ingenua (Gretchen) es seducida. Entonces su hermano quiere vengar su honra. Es involucrado en una pelea con los seductores y muere. Para que el seductor pueda llegar a ella, Gretchen da a su madre un somnífero que causa su muerte. Y cuando nace el bebé, Gretchen lo mata, – igual que hoy, que ya se asesina a los niños en el vientre. ¡Qué culpa más tremenda cargan sobre sí! Y al final la joven se encuentra con la madre, el hermano y el niño asesinados. Y entonces exclama las palabras tan estremecedoras: «Mas – en todo lo que me impulsó, ¡Dios!, nada malo se halló – el motivo ¡ah, tan inofensivo!». Goethe no era tan tonto. En su drama

«Fausto» cuenta cómo detrás de toda esa historia ¡estaba el diablo obrando!

Historias como estas las veo constantemente en mi ministerio como pastor en una gran ciudad. ¡Y que nadie me venga a decir que «el diablo no existe»! A la persona que me dice semejante disparate la pregunto de qué aldea procede. Pero me temo que también en el pueblo más retirado encontramos al diablo obrando.

Ah, amigos, también he visto que existe el diablo cuando observo a los creyentes sinceros. ¡Cuán horriblemente ciegos pueden estar en lo que se refiere a sus propios errores! Recuerdo a una mujer cristiana egoísta al cien por cien. Hacía sufrir a su nuera sin ton ni son, y ni se daba cuenta de ello. ¡Una mujer creyente! ¡Creyentes, pedid a Dios que os libere del poder de las tinieblas!

Mira: este mundo como lo vemos no tiene explicación, si no comprendemos que el diablo existe, que existe un poder de las tinieblas obrando con intención, sin dejarnos tranquilos. Es por eso que no tenemos tiempo. El diablo busca por todos los medios robarnos el tiempo, para que no podamos reflexionar ni meditar sobre el hecho de que hay salvación de este poder de las tinieblas. Y de esta salvación quiero hablarte ahora.

## **2. Un hecho maravilloso**

Una verdad gloriosa: ¡Hay salvación! Amigos, es un gozo para mí tener un mensaje tan maravilloso. Durante las fiestas del carnaval hay muchos humoristas que ofrecen sus discursos cómicos, y yo me pregunto a veces: ¿qué sienten cuando se han quitado el maquillaje por la noche y están otra vez en su habitación? Si es sincero el cómico tendrá que confesar: Gano mi dinero hablando bobadas, disparates y suciedades. Entonces deberían

entrarle náuseas. Pero ¡qué feliz soy yo que puedo hablar del maravilloso hecho de que hay salvación del poder de las tinieblas!

El apóstol Pablo hablando de la condición de los creyentes los describe así: «Dios nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y nos ha trasladado al reino de su amado Hijo en quien tenemos redención por su sangre» (Colosenses 1:13-14). Ser cristiano, por lo tanto, no significa en primer lugar estar bautizado y pertenecer a una iglesia, sino haber experimentado un cambio de existencia: he sido arrancado de todo el poder de las tinieblas y he entrado en una nueva existencia bajo un nuevo Señor.

Relacionado con esto tengo que contar aquí una historia que he oído de un misionero urbano de Berlín. Él se encargaba de atender a un hombre que era alcohólico. Estar atado al alcohol es algo horroroso. Un día el misionero se enteró de que otra vez había bebido demasiado. Había roto los muebles y le había pegado a su mujer. Entonces el misionero fue a verlo. Eran las cinco de la tarde. El hombre estaba sentado en la cocina tomando un café. A su lado estaba su hijo de cinco años. El misionero le saludó amablemente y le preguntó: «¿Otra vez ha salido mal la cosa?» El hombre rechinó con los dientes y saltó de la silla. No dijo palabra y se fue al cuarto trastero. Volvió con una cuerda para tender la ropa y sin decir una sola palabra comenzó a atar a su niño a la silla. El misionero pensaba: «¿a dónde va a parar ésto? ¿estará aún borracho?» Pero le dejó seguir adelante. El hombre terminó de atar a su hijo haciendo un nudo en la cuerda. Y, de pronto, se puso a gritarle: «¡Levántate!» Y el pequeño empezó a llorar y a lamentarse «¡Pero, si no puedo!» Y entonces este bebedor con una expresión capaz de partirle el corazón a cualquiera dijo sólo estas palabras: «Ahí lo puede ver usted: ¡pero, si no puedo!» Fue estremecedor: «¡Pero, si no puedo!» En ese momento el misionero sacó una navaja de su bolsillo y cortó la cuerda. Entonces, tranquilo, le dijo al chico: «¡Levántate! y el niño se levantó, a lo cual el misionero se dirigió al bebedor: «¡Ahí lo tienes!» – «Sí,



claro, así cualquiera ... cortando la cuerda!» Pero el misionero le contestó: «Escucha bien: Hay uno que vino a cortar las cuerdas que nos atan: Jesús.»

El mundo está lleno de personas que pueden testificar que por Cristo se rompen las cadenas, que han sido liberadas por Él. Él transforma la vergüenza en honradez. Es un hecho glorioso que hay salvación del poder de las tinieblas.

### **3. El tema principal**

Lo principal de todo esto es que la salvación viene por Jesús. Tengo que contarte de Jesús. Cuando puedo hablar de Él, entonces estoy con mi tema preferido. Recuerdo como una vez en Nueva York fui invitado a un club de afroamericanos. Ya sabemos que allí hay mucho racismo. Bueno pues en ese club de negros había en la sala de entrada una figura de mármol sobre un pedestal. Se veía que no era un negro. Me asombré de que los negros hubieran erigido un monumento en honor a un blanco. Así que pregunté a un caballero negro: «Amigo, ¿quién es este hombre?» Y entonces vi una escena que jamás olvidaré: este caballero se paró delante de la estatua y me explicó solemnemente: «¡Este es Abraham Lincoln, mi libertador!» Y mi pensamiento voló atrás a una época mucho antes de nacer este caballero, y recordé aquella horrible guerra donde el presidente Lincoln conquistó la libertad de los negros. Este hombre no estuvo allí presente, pero el hecho de que ahora podía moverse libremente se lo debía a Abraham Lincoln, quien lo conquistó para él en los sangrientos campos de batalla. Yo subí la escalera y vi cómo aquel hombre aún seguía de pie delante de la estatua musitando: «¡Abraham Lincoln, mi libertador!»

De esta manera quiero yo ponerme delante de la cruz de Jesucristo y decir: «¡Jesús, mi libertador!»

Hay un versículo en la Biblia que habla de algo peculiar: «La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte» (Rom 8:2). Ya sabemos que hay leyes naturales. Por ejemplo, si tomo un pañuelo en mi mano y lo dejo caer, caerá hacia abajo por la ley de la gravedad. Eso no se puede cambiar. Pero si ahora lo cojo con la otra mano, entonces no cae al suelo. Es decir: Si uso una fuerza mayor, entonces queda interrumpida la ley de la gravedad. Por naturaleza estamos sometidos a la ley del pecado y de la muerte. Todos caemos, resbalamos – hacia la perdición eterna. Eso es sabido. Y ahora lo más importante es que se ponga en medio una potencia más fuerte y pare nuestra caída. Entonces ya no caemos. Y esta potencia más fuerte Dios la ha dado en Jesús – para salvación y liberación. ¿Comprendes? Jesús le ha quitado el poder al diablo. Y con la fuerza del Espíritu Santo que Jesús nos da, podemos andar libres en una nueva vida.

Es peculiar que el mundo no puede deshacerse de este Jesús. Alguien dijo una vez que Jesús era como una partícula extraña en este mundo. Y es verdad: Él es una partícula extraña venida del cielo. Pero ¿quién es este Jesús? Tengo que pararme un poco aquí, porque todo depende de que encuentres y conozcas a Jesús. Por favor, no dejes que revistas cualesquiera te den orientación sobre Él. No te dejes aturdir por personas que ni siquiera le conocen como es debido. Solamente el Nuevo Testamento nos da la información correcta sobre quién es Jesús. Lutero, apoyado en la Biblia, lo formuló así: «Dios verdadero, nacido del Padre desde la eternidad, y también hombre verdadero nacido de la virgen María.» ¡Dios y hombre! ¡En Él el cielo y la tierra se unen!

¡Jesús es «verdadero hombre»!

Pudo llorar junto a la tumba de Lázaro. Y yo pienso que también pudo reír al decir a sus discípulos: «Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?»

(Mt 6:26). Parece que veo sonreír a mi Salvador: «¡Los frescos gorriones! No se preocupan por nada – y sin embargo, ahí los tenéis bien gorditos.» ¡Qué hombre más maravilloso es Jesús!

Se nos narra que cierto día después de predicar alimentó a 5.000 hombres – sin contar las mujeres y los niños. Si se salieran todas las mujeres de nuestras reuniones cristianas ¿qué resto quedaría? Qué reunión sería aquella con el Señor Jesús: ¡5.000 hombres sin contar mujeres y niños! Y no tenía micrófono. ¡Qué voz más maravillosa tenía! Créeme, ¡fue un hombre extraordinario!

Una de las mayores escenas del Nuevo Testamento es ésta: El procurador romano Poncio Pilato había hecho azotar a Jesús. Le habían puesto una corona de espinas, por lo cual su cara estaba ensangrentada. Su espalda – destrozada. Le habían escupido en la cara. Una ruina de hombre. Y así sale Jesús. Pilato le mira primero a él y luego al pueblo. Y entonces señala hacia Jesús y dice profundamente conmovido: «¡He aquí el hombre!» (Juan 19:5). Con ello Pilato quiso decir lo siguiente: «He visto muchos bípedos, pero eran lobos hambrientos, tigres peligrosos, zorras astutas, pavos engreídos, o incluso monos. Pero este Jesús es un hombre.» Es posible que comprendiera: «¡Este Jesús es un hombre, como nosotros debiéramos ser!»

Hace unos días alguien me comentó: «Jesús fue un hombre como nosotros.» A lo cual yo respondí: «Jesús fue un hombre, pero precisamente no fue como nosotros somos, sino como deberíamos ser.» Jesús fue un hombre como nosotros deberíamos serlo, como Dios quería que fuéramos. Cuando oigas que alguien dice que Jesús fue un hombre como nosotros, entonces pregúntale: «¿Eres tú como Jesús?»

Y Jesucristo es al mismo tiempo, Dios verdadero, nacido del Padre en la eternidad. Ahora tendría ganas de contarte horas y horas de esto. Por ejemplo la escena cuando la barca de los discípulos es sacudida por una tempestad en el lago de Genesaret. En

un momento, la barca se ha llenado de agua. El mástil se ha quebrado. «¡Quién dice miedo!» fanfanorrearían, pues todos ellos eran marineros con experiencia. Pero de pronto se asustan de verdad, les invade el pánico y gritan: «Pero ¿dónde está Jesús?» – «¡Está durmiendo en el camarote!» Y todos se lanzan abajo a despertarle, con el agua ya entrando como un torrente: «¡Señor! – ¡Que nos hundimos!» Y entonces veo a Jesús como sale a la cubierta. ¡Cómo se enfrenta a la tormenta! Nosotros siempre queremos encerrarle en nuestras iglesias mansas. Pero Él se mete en medio de la tempestad. La tormenta parece que quiere arrancarle de cuajo, pero Él extiende su mano y con autoridad imperativa, por no decir con majestad, exclama en medio del bramido: «¡Calla, enmudece!» Y en ese mismo momento las olas se calman y las nubes dan paso al cielo azul. Cuando conté esta historia a mis hijos pequeños, mi chico dijo: «¡Y entonces el trueno se rompió!» «Sí, efectivamente, el trueno se rompió.» Se puso a lucir el sol y los discípulos cayeron sobre sus rodillas: «¿Quién es éste? ¡Este hombre no es como nosotros!» Al final encontraron la respuesta: ¡Jesús es Dios hecho hombre!

No lo comprendieron bien hasta pasada la pascua, cuando Jesús salió vivo de la tumba. Amigos, no os estoy contando un cuento. No osaría estar aquí en esta plataforma si no supiese que es la verdad, que en Jesús, el resucitado, ha venido a nosotros el Dios vivo.

Pero como más me gusta verle es colgado en la cruz. Allí es verdaderamente Dios y hombre. Me gustaría dibujarle para que le vieras coronado, pero con una corona de sorna. Las fuertes manos están clavadas al madero. E inclinó la cabeza y expiró. «Te admiro rostro herido / Espejo de bondad; / Aunque en Ti han escupido / Con infernal maldad.» Pon tu mirada en este Jesús, no te muevas de allí y pregúntate: ¿por qué está colgado ahí? Pregunta hasta que tengas la respuesta: ¡Allí me redime de la potestad y del poder de las tinieblas! ¡Allí me salva del poder del diablo! Sólo puedo esbozarlo: Pónte allí debajo de esa cruz de Jesús,

mírala con fe y cree que allí eres rescatado de la potestad de las tinieblas para que llegues a ser un hijo de Dios libre. El diablo ya no tiene derecho de acosarte; mirando esta cruz experimentarás que el poder del diablo terminó. ¡Jesús es más fuerte! Este Crucificado te ha comprado para que seas un hijo de Dios libre.

¡Dejemos de hablar de la problemática estúpida de nuestro tiempo! ¡Entremos en las realidades! Que seamos hijos de Dios en plena libertad. ¡Los requisitos Dios ya los ha cumplido todos en Jesús, quien fue crucificado y resucitó de los muertos – por nosotros!

Sé que cuando se habla de «Dios» el hombre se siente muy incómodo. ¿Por qué será? Pues mira: todos nosotros estamos en la situación del hijo pródigo, del que nos cuenta la Biblia en Lucas 15. Se había ido de casa, lejos del padre. Pero lejos de la casa de su padre no encontró la felicidad, sino todo lo contrario. Entonces hubiese querido volver al padre, pero tenía miedo, no se atrevía. ¿Por qué? ¡Por lo mucho que había entre el Padre y él!

Así hay muchas personas que no tienen un encuentro con Dios, porque en el fondo de su corazón piensan: «Hay tanto entre Dios y mi persona, que no podemos caminar juntos.» Y tienen toda la razón. Están bajo la potestad de las tinieblas y no pueden tener comunión con Dios. Pero ¿qué te crees? – Si Jesús nos quiere salvar de la potestad de las tinieblas y hacernos hijos de Dios, entonces también querrá quitar de en medio lo que está entre Dios y nosotros. Y eso es lo que ha hecho en la cruz. Ahora podemos hallar perdón si acudimos a Él. Efectivamente: Este Salvador crucificado otorga el perdón de los pecados. Esto lo comprendió bien Pablo cuando dijo: «Dios nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y nos ha trasladado al reino de su amado Hijo.» Por naturaleza vivimos acosados por el diablo. Pero Jesús, el Hijo de Dios, nos salva dándonos el perdón de nuestra culpa.

Amigo, Dios nos ha dado nuestro tiempo, para que aceptemos la salvación en Jesús.

#### **4. De uno que tampoco tenía tiempo**

Aún no he terminado. Quiero contarte de un hombre que tampoco tenía tiempo. Está mencionado en el Nuevo Testamento. Era un gran hombre: gobernador romano. Su nombre era Félix. Un nombre maravilloso, porque significa «el feliz». Su mujer se llamaba Drusila. Este Félix tenía un prisionero que se llamaba Pablo. Un día que tenía mucho tiempo dijo: «Vamos a interrogar un poco a este Pablo. Mujer, vente conmigo.» Fueron pues a la sala de audiencia, sentándose allí con mucha pompa. A ambos lados de ellos estaban en pie los legionarios. Entonces trajeron al prisionero. «Pablo, cuéntanos, ¿por qué estás aquí en prisión?» – le preguntó Félix a su prisionero. Entonces Pablo comenzó un discurso magnífico. ¡Cuánto me gustaría a mí poder hablar así como él! Todo se puso serio y de repente el Dios vivo estaba en esa sala. Pablo habló de la justicia que los jueces deben tener. Esto le penetró a Félix hasta la médula, pues pensaría en los muchos casos de soborno que había recibido. Y Pablo habló de continencia y castidad, – y Drusila casi se cayó de su silla. «¡Pero, de qué tiempos más anticuados viene este hombre!» pensaría ella. Y cuando Pablo continuó diciendo que Dios quiere eso precisamente, los dos empiezan a sudar. Y después habla del juicio de Dios y de la perdición. Entonces Félix saltó de la silla y dijo: «Un momento, Pablo. Está muy bien lo que dices y seguramente que es importante. Cuando tenga tiempo volveré a escucharte. Pero ahora no tengo tiempo.» Y entonces hizo que lo llevaran otra vez a la prisión. Nunca más tuvo tiempo --- (Hechos 24).

Y yo me temo que si no tenemos tiempo de escuchar lo que Dios nos quiere decir sobre la justicia y la castidad y sobre el juicio venidero, nos podrá acontecer lo mismo que a Félix. Es algo

inquietante sentir la realidad de Dios, ¿no es así? Entonces preferimos entrar a una sala de cine o encender el televisor, para quedarnos en nuestra propia salsa y no sofocarnos. Y así, todo sigue igual.

¿No es horrible tener que contar de una vida que todo quedó como estaba? El Hijo de Dios vino y dijo «He aquí yo hago nuevas todas las cosas. Yo perdono el pasado. Con mi muerte os redimo y os compro para mi reino. Os doy el Espíritu Santo, para que seáis nuevas personas.» Y nosotros le contestamos: «No, no queremos» – y todo se queda como estaba. Hay cristianos con un cristianismo muerto desde hace mucho tiempo, pero no se han dado cuenta de ello todavía – todo queda como estaba. Querido amigo, quisiera que este no fuera tu caso. Te deseo lo más glorioso que existe: que las cosas no sigan igual, sino que todo sea hecho nuevo por Jesús.

## **5. De aquel que sí tiene tiempo**

Por último, me gustaría decir aún algo importante: Somos gente acosada y ajetreada mientras estemos bajo el gobierno del diablo. Pero yo conozco a Uno que tiene tiempo para ti: Jesús, el Salvador, el Resucitado. Seguro que hay muchas mujeres que se lamentan: «Mi marido nunca tiene tiempo para mí.» Y los hombres se quejan: «Mi mujer nunca tiene tiempo para mí.» Los padres deploran: «Nuestros hijos nunca tienen tiempo para nosotros.» y los hijos dicen lo mismo: «Nuestros padres nunca tienen tiempo para nosotros.» Ahora escucha: ¡Jesús tiene tiempo! ¡Jesús tiene tiempo para nosotros!

En el último tiempo esto ha sido un verdadero descubrimiento para mí. Durante la semana pasada tuve varios problemas difíciles que ahora no puedo detallar. Pero a veces nos vemos metidos en los conflictos de nuestro tiempo. Yo estaba tan agobiado que

mi mujer me dijo: «¡Estás inaguantable, pero por otra parte, lo comprendo muy bien!» Entonces me puse colorado – ¿comprendes? – y me fui al bosque. Y en el silencio allí hablé con mi Salvador: «Señor, tengo que explicarte toda esta calamidad ...» Le dije todo, y Él se tomó el tiempo para que yo pudiera detallarle todo ampliamente. Casi sin darme cuenta habían pasado dos horas. Y entonces abrí mi Nuevo Testamento – ¡y cada palabra fue como una respuesta de Dios para mí personalmente! ¡Con qué alegría regresé a casa! Había descubierto algo nuevo, que Jesús tenía tiempo para mí.

Hay una historia maravillosa en el Nuevo Testamento. Un mendigo estaba sentado en la calle pidiendo limosnas. Tenía algo parecido a una cuchara de madera y siempre que pasaba alguien por allí, extendía su brazo con la cuchara para que pusieran una limosna dentro. De pronto pasó una multitud por allí y el ciego se preguntaba que era eso. ¿Una procesión o soldados? Entonces preguntó: «¿Qué está pasando aquí?» Y uno le contestó gritando: «¡Pasa Jesús!» Y entonces se hizo luz en su interior. Porque ya había oído de Jesús y él creía que era el Hijo de Dios. Al momento empezó a gritar: «Jesús, Hijo de Dios ¡ayúdame! ¡Jesús Hijo de Dios, ten misericordia de mí!» Y la gente a su alrededor se puso nerviosa y le dijo: «¡No grites así, queremos oír lo que dice Jesús!» Pero el ciego siguió gritando: «¡Jesús Hijo de Dios, ten misericordia de mí!» Siguió gritando con más fuerza. Entonces la gente a su alrededor se puso furiosa y lo amenazaron: «¡Te daremos una buena paliza si no te callas ya de una vez!» Una multitud amenazando es algo peligroso. Pero el ciego no desistió: «¡Jesús Hijo de Dios, ten misericordia de mí!» Bueno, si me hubiese preguntado a mí, yo le habría explicado la cosa así: «Mira, hombre, Jesús está de camino al Gólgota, donde quiere morir por el mundo. El mundo se va abajo por el pecado y Jesús quiere solucionar el problema del pecado tomando la culpa sobre sí mismo, para que podamos tener paz con Dios. Y después va a resucitar y vencer la muerte. Esto son asuntos globales, tú no puedes meterte ahora en medio estorbando.» Pero el ciego



sigue chillando a más no poder: «¡Jesús Hijo de Dios, ten misericordia de mí!» Y ahora viene algo de lo más bello que hallamos en el Nuevo Testamento: «Jesús se detuvo.» Me dan ganas de decirle: «Ah, Señor Jesús, cuando yo tengo una reunión importante no puedo dejar que uno cualquiera me detenga.» La Biblia dice que «Jesús, deteniéndose, mandó llamarle» (Marcos 10:47-49). ¡Jesús quien va a solucionar los problemas del mundo tiene tiempo para este mendigo ciego! ¡Tanto valor tiene para Él un ser humano!

Y para Él tú también eres de mucho valor. ¿Crees que en el mundo entero habrá una persona que te aprecie tanto como Él? ¿Y tú no te tomas tiempo para Él? El diablo tiene que haberte entontecido enormemente.

Una vez escuché una historia increíble: Un barco estaba hundiéndose. Un tripulante iba corriendo por los pasillos gritando: «¡Todos a la cubierta! ¡El barco se está hundiendo!» Pasó también por la cocina y vio al cocinero asando pollos con toda tranquilidad.» ¡Tengo que cumplir con mi deber!» – ¡y siguió asando sus pollos! Y se hundió junto con sus pollos. Así veo a las personas de hoy en día: «¿Jesús? ¡Anticuado! ¡No me interesa! ¡No tengo tiempo!» ¡Y de esta forma el mundo sin Jesús se va al infierno!

Pienso que deberíamos hacer primeramente lo más importante. Y si Dios da una salvación, entonces lo más importante es que aceptemos esa salvación. Desearía que te pusieras delante de la cruz de Cristo y dijeras lo que dijo el autor de este himno:

*Uno hay que tomó mi lugar en la Cruz,  
Aunque indigno yo fui de Su amor;  
Anhelando mi negro pecado borrar,  
Ese cáliz de muerte bebió.*

*Mi anhelo creciente es asirme de Él,  
Y ofrendarle mi vida en Su altar;  
Proclamar, en un salmo de amor y de fe,  
Que en la Cruz Él tomó mi lugar.*

## *¿Hay certidumbre en las cosas religiosas?*

Una cosa está bien clara: en las cosas «religiosas» no existe la certidumbre. Porque la «religión» es la eterna búsqueda de Dios, lo cual conlleva una intranquilidad e inseguridad constantes. El «evangelio» es algo totalmente diferente: Es Dios buscándonos a nosotros. Por eso la pregunta deberíamos formularla mejor así: «¿Hay certidumbre en el cristianismo?»

### **1. En cuanto a Dios nos permitimos una incertidumbre increíble**

Para empezar quiero hacer constar que las personas de hoy en día somos bichos raros. Ya puede ser el hombre más fuerte, pero cuando tiene una indisposición mínima va corriendo al médico y le pregunta: «Doctor, me duele aquí, ¿es algo malo?» Queremos saber a ciencia cierta lo que nos pasa.

Otro ejemplo: Una familia busca a una asistente, y efectivamente se presenta una chica. La mujer le explica: «Tendrás tu propia habitación con agua corriente caliente y fría, con televisor y todo amueblado. Un día a la semana lo tendrás libre.» La chica responde: «Eso está muy bien, gracias, pero lo que me interesa saber es cuánto ganaré – mi sueldo.» A lo que la mujer contesta: «Bueno, eso ya se verá. Primeramente quiero ver cómo trabajas.» – «No, Señora, de esta forma no puedo aceptar este trabajo. Quiero saber de antemano lo que voy a ganar» es la respuesta de la chica. Y ¿no tiene razón? ¡Claro que tiene razón! Cuando vamos a empezar un nuevo trabajo, la pregunta más importante es: ¿cuál será mi sueldo? ¿En qué categoría entraré? Queremos saber a qué atenernos. En lo que se refiere al dinero no nos con-

formamos con declaraciones inciertas, no toleramos la incertidumbre. Pero en el ámbito más importante – es decir en lo que se refiere al Dios vivo – no nos importa que todo quede difuso, confuso e incierto. Esto es muy raro.

Hace muchos años tuve unas reuniones en Augsburgurgo en una carpa que habían puesto en la plaza donde normalmente celebran la verbena. Los organizadores tuvieron una idea fantástica: Puesto que los sábados por la noche en ciertos locales de diversión había mucha jarana, decidieron hacer una reunión el sábado a las 12 de la noche. Esto no se anunció públicamente, porque si no, habrían venido todos aquellos creyentes curiosos que no queríamos tener allí en esa reunión tan especial. Mis amigos salieron a las 23.30h con sus coches para ir pescando a los trasnochadores que salían de los locales que cerraban a medianoche: camareros que iban a sus casas, las chicas de los bares que habían terminado su turno de trabajo. Constantemente venían coches a la carpa descargando gente. Cuando subí al púlpito a las 12 de la noche tenía delante de mí una reunión poco común. ¡Magnífico! Algunos con la nariz roja ... Delante de mí estaba sentado un hombre gordo con un cigarro medio mordido en la boca y un sombrero en forma de hongo. Y yo pensé: «A ver cómo sale todo esto». Y entonces comencé con mi mensaje. Cuando pronuncié por primera vez la palabra «Dios», el gordo me interrumpió gritando: «¡No existe!» Y todo el público se echó a reír. Entonces me incliné hacia adelante asomándome por encima del púlpito y le pregunté directamente: «¿Sabe usted con toda seguridad de que Dios no existe? ¿lo sabe al cien por cien?» Se puso a rascarse la cabeza de forma que su sombrero se le deslizó hacia adelante, paseó el resto del cigarro al otro lado de la boca y dijo finalmente: «Bueno, eso nadie lo puede saber exactamente.» Entonces fui yo quien me reí en su cara y le dije: «¡Pues yo sí que estoy enterado y estoy al corriente!» – «¡Caramba!» me contestó, «¿Y de dónde saca usted eso de saber algo cierto sobre Dios?» A lo cual le expliqué que por medio de Jesús estamos perfecta-

mente informados sobre Dios. Y de pronto se hizo un gran silencio en la reunión.

¿Tienes tú certidumbre acerca de Dios? Pregunto a los creyentes: ¿podéis decir lo que dice este himno?

*Grata certeza; ¡ soy de Jesús!  
Hecho heredero de eterna salud.  
Su sangre pudo mi alma librar  
De pena eterna y darme la paz.*

*Esta es mi historia y es mi canción,  
gloria a Jesús por Su salvación,  
Aun para mí fue Su redención:  
¡Bendita historia, bella canción!*

Pero la respuesta es casi siempre: «Bueno espero que Dios me haya perdonado.»

¿Comprendes? ¡Es curioso que, en cuanto a Dios tanto paganos como cristianos se confoman con vivir en una incertidumbre e inseguridad tremendas! Si yo preguntara a los hombres en la calle: «Oiga, ¿usted cree que existe Dios?» me responderían: «Posiblemente ... pudiera ser.» Pero si continuara preguntando: «¿Y usted le pertenece?» Entonces me contestarían seguramente: «Pues no lo sé.» ¡Cuánta incertidumbre toleran hombres hechos y derechos en este punto!

Uno de mis jóvenes amigos vivió algo semejante hace poco. Era estudiante y se ganaba algo de dinero en las vacaciones como peón en una obra de construcción. Un buen día sus colegas descubrieron que él dirigía una reunión de jóvenes en la iglesia. No tardaron en meterse con él: «¡Hombre! ¡¿No será verdad que tú estás con el pastor Busch?!» – «Pues sí,» contestó el chico. Y ahí comenzó una burla colosal. «¿Entonces los domingos vas a la iglesia?» – «¡Claro!» – «¿Todos los domingos?» – «Sí,

todos los domingos.» – «Pero tú estás loco. ¡Mira que ir todos los domingos a la iglesia!» – «Además voy entre semana al estudio bíblico.» – «¡Oye! Tú no eres normal.» Y entonces le cayó un buen chaparrón: «¡Ah, los pastores es que entontecen a la gente!» – «El cristianismo ha fracasado a pesar de haber tenido tiempo durante 2000 años.» – «La Biblia es un disparate.» Abreviando diré que volcaron una sorna increíble sobre el joven. Pero este chico es duro de pellejo y aguantó mecha tranquilo. Cuando por fin terminaron sus colegas les preguntó: «Si esa es vuestra actitud frente al cristianismo supongo que todos vosotros os habreis dado de baja de la iglesia, ¿no?» – Nadie contestó. Y al rato uno más mayor le contestó: «¿qué quieres decir con ‹salir de la iglesia›? ¡Pero qué te crees! ¡Hombre, nosotros también creemos en Dios! ¡Como si solamente tú fueras cristiano! ¡Yo también soy cristiano y creo en Dios!» Y los otros del grupo entonaron la misma canción: «Tú quieres ser mejor que nosotros y te crees superior, pero nosotros también somos cristianos y creemos en Dios, ¡para que lo sepas!» Así cambiaron las tornas. De pronto todos gritaron a una voz: «¡Nosotros también creemos en Dios!» Cuando terminaron, el chico los miró y les preguntó: «Pero entonces, ¿por qué os burláis de mí?» – La respuesta fue: «Ah, tú nos estás mareando, contigo no se puede hablar.»

¿Entiendes? Hombres hechos y derechos, trabajadores en la construcción que sin problema se beben un par de botellas de cerveza sin enterarse cuando han sudado, y éstos primero se burlan del cristianismo a todo meter y luego dicen: «Un momento, nosotros también somos cristianos.» ¿Entonces qué? ¿Sois o no sois? ¿En qué quedamos? ¿No es esto estremecedor? Si se trata de Dios la gente se permite la mayor incertidumbre. Cuando suenan pitos flautas, a veces son paganos, a veces cristianos. ¿No tengo razón? Me temo que tú también estés viviendo en esta niebla e incertidumbre.

## 2. La Biblia habla de una certidumbre brillante

A lo mejor esto te asombra y te preguntas si la fe cristiana verdaderamente tiene algo que ver con la certidumbre, porque lo que supuestamente caracteriza al cristianismo es precisamente que no se sabe nada y que todo hay que creerlo ¿no es así? Hace poco un hombre dijo de nuevo una cosa que he oído ya muchas veces en toda mi vida: «¿Sabe? Yo sé que dos por dos son cuatro, pero en el cristianismo no se puede saber nada seguro, simplemente hay que creer.» Esta es pues, la idea predominante, que frente a las verdades cristianas hay que empaquetar en una maleta la razón y el intelecto, o hay que dejarlo fuera en el perchero antes de entrar. Según la opinión general en el campo de lo religioso hay que dar un salto al vacío y creer. Así piensan muchos.

Otro me dio estas explicaciones: «Vosotros mismos, los cristianos no estáis de acuerdo entre vosotros. Hay católicos y evangélicos y muchos otros. Y entre los evangélicos hay luteranos, reformados y muchos otros. ¿Y quién tiene razón?» Creo que en el fondo el cristianismo mismo está convencido de que la fe cristiana es lo más incierto e inseguro que existe. Pero esto es una idea descabellada. Es de lo más tonto.

Mira: sólo por el Nuevo Testamento puedo conocer lo que es el cristianismo. Y allí cada renglón está repleto de la más gloriosa certidumbre. ¡Créemelo! Es ridículo que la cristiandad viva así en esa incertidumbre. Pero el cristianismo no tiene la culpa de ello, ¡no! porque el Nuevo Testamento entero está lleno de una certidumbre radiante. Voy a detallarlo brevemente:

Ahí está la certidumbre grandísima de que Dios vive. No se trata de un Ser Supremo, o de la Providencia, o del Destino, o de nuestro Señor de las misericordias, sino Dios el Padre de Jesucristo que está vivo. ¿De dónde lo sabemos? Se ha revelado en Jesús. Ahora lo sabemos al cien por cien. Abre la Biblia donde quieras, allí no se rumían problemas religiosos, sino que ella testi-

fica: ¡Dios vive! ¡Se ha revelado en Jesús! Y la persona que viva sin Dios vive equivocada y va por mal camino.

Otra certidumbre es que este Dios que puede destruir naciones y juzgará este mundo, me ama profundamente. Esto no es una mera suposición, ¡no! en Romanos 8 dice: «Estoy seguro – ¡seguro! –, de que ni la muerte, ni la vida, nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.» El amor de Dios vino a nosotros en Jesús. Esto no lo sospechamos, lo sabemos. ¿Dónde está el amor de Dios? Nos ha amado en Jesús. Un discípulo de Jesús canta: «Adoro el poder del amor, revelado en Jesús el Señor.» ¿Tienes una noción de ésto?

Las personas en la Biblia recibieron la certidumbre de que pertenecían a Dios. En el Salmo 49 dice David: «Dios redimirá mi vida del poder de la sepultura, porque Él me recibió.» No dice: «espero ser salvo», sino: «sé que me ha recibido.» Otro pasaje: «Dios nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo» (Colosenses 1:13); La persona que sigue a Jesús ha experimentado un cambio de existencia por medio de Jesús – ¡y lo sabe! Otro pasaje: «Sabemos que hemos pasado de muerte a vida» (1 Juan 3:14). ¡Sabemos! ¿Puedes decirlo tú? O bien: «El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.» Dice ¡«somos»!

La Biblia está llena de certidumbre y seguridad. Pero ¿de dónde viene este dicho absurdo: «Yo sé que dos por dos son cuatro, pero en el cristianismo no se puede saber nada seguro, simplemente hay que creer.»? Yo sé que dos por dos son cuatro, ¡pero sé con mucha más seguridad que Dios vive! Sé que dos por dos son cuatro ¡pero más seguro todavía es para mí que Dios nos ama en Jesús! Y las personas que se han convertido al Dios vivo dicen: «Sabemos que dos por dos son cuatro, pero sabemos con mucha más seguridad que ahora somos hijos de Dios.»



Y ahora te pregunto: ¿Dónde hay esta certidumbre radiante en la cristiandad actual? ¿Dónde? Ahí ves lo mucho que nos hemos alejado de la Biblia y que tenemos que volver a ella. ¡Déjate de ese cristianismo raquítrico! No merece la pena tener un poco de cristianismo. Sólo vale la pena tener una fe bíblica. Eso vale la pena: estar seguro de que Dios vive y me ama profundamente y que yo soy suyo. Eso vale la pena. Todo lo demás no merece la pena.

El himnario también está repleto de esta certidumbre gloriosa:

*«Yo sé a quien he creído  
y es poderoso para guardarme  
seguro hasta el día  
en que venga Él por mí.»*

O este canto infantil:

*«Cristo me ama yo lo sé  
pues la Biblia dice así  
que los niños son de Él  
y su amor eterno es.»*

A los niños de la escuela dominical les enseñé a enfatizar especialmente eso de «yo lo sé» y durante la fiestecita de los niños lo gritaron con tanto ahínco que los padres casi se cayeron de sus sillas, tanto se estremecieron. Mi deseo era enseñarles que el ser creyente no es andar a tientas por la niebla, sino una firme certidumbre gloriosa.

*Mi fe está puesta en Jesús  
Sólo en su sangre y su virtud  
En nadie más me confiaré  
Y sólo de Él dependeré*

*Sobre la Roca firme estoy  
Y sólo en Cristo fuerte soy*

Otro himno precioso:

*1. De paz inundada mi alma ya esté,  
O cúbrala un mar de aflicción,  
Mi suerte cualquiera que sea diré:  
¡Alcancé, alcancé salvación!*

**CORO**

*¡Alcancé ... salvación ... !  
¡Alcancé, alcancé salvación!*

*2. Ya venga la prueba o me tienta Satán,  
No amengua mi fe ni mi amor;  
Pues Cristo comprende mis luchas, mi afán,  
Y su sangre obrará en mi favor.*

*3. Feliz yo me siento al saber que Jesús  
Librome de yugo opresor;  
Quitó mi pecado, clavolo en la cruz;  
Gloria demos al buen Salvador.*

*4. La fe tornarase en feliz realidad  
Al irse la niebla veloz;  
Desciende Jesús con Su gran majestad,  
¡Aleluya, estoy bien con mi Dios!*

Déjame decirlo de otra forma. La certidumbre como cristiano significa saber objetivamente que Dios vive y que su revelación en Jesús es la verdad, aún y cuando el mundo entero rechace que Jesús murió para reconciliarnos con Dios y que resucitó para salvar a los pecadores, aunque ninguno lo acepte. Pero la certidumbre como cristiano significa también saber subjetivamente que Dios vive y se ha revelado en Jesús, que ha muerto y resucitado, porque yo lo he aceptado personalmente con una fe firme.

Aunque 10.000 profesores le expliquen a un joven creyente que Jesús no ha resucitado, él puede testificar: «¡Muy distinguidos profesores! ¡Sé que mi Redentor vive!» Y aunque el mundo entero contradiga, la fe dice: «¡Yo sé a quién he creído!» Aunque vuelquen sobre mí todas sus refutaciones científicas, yo contesto: «¡Yo sé más que vosotros!» Aunque el mundo entero dudase, yo diría: «¡Tengo plena certidumbre!» Amigo, así de segura es la fe cristiana que nos es presentada en la Biblia.

### 3. ¿Tienes tú certidumbre?

Ahora tengo que preguntarte: ¿Tienes tú ya esa certidumbre? ¿O aún te falta? Si me dices: «Yo pensaba que era cristiano, pero ahora veo que no lo soy. No tengo nada claro todavía,» entonces no habré predicado en vano. Recuerdo un campamento que tuve con chicos en Holanda. A las dos de la madrugada llamaron a mi puerta. Abrí y me encontré con todo el tropel delante de mi puerta en pijama. Les pregunté: «¿Qué pasa? ¿Qué queréis?» Entonces uno me explicó: «Pensábamos que éramos cristianos. Pero nos hemos dado cuenta de que aún no lo somos.» Esa inquietud en ellos hizo que a las dos de la madrugada vinieran a mí, porque querían tener seguridad. Eso ya es mucho cuando nos damos cuenta de que nuestro cristianismo está muy lejos de lo que la Biblia muestra con certidumbre radiante.

Spurgeon, el gran predicador inglés del avivamiento lo expresó de esta manera: «La fe es el sexto sentido.» Ya sabes que tenemos 5 sentidos para comprender y conocer este mundo: vista, olfato, gusto, tacto y audición. Estos son los cinco sentidos con los que podemos conocer este mundo tridimensional. Una persona que vive solamente con estos cinco sentidos pregunta: «¿Y dónde está Dios? No le veo. Y a Jesús tampoco le veo. Yo no creo en todo eso.» Pero cuando Dios por su Espíritu Santo nos da luz, entonces recibimos un sexto sentido. Entonces, aparte de ver, oír,

sentir, gustar y oler, podemos reconocer además el otro mundo. La Biblia dice: «Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.» El sexto sentido lo puede.

Hace poco estuve en la ciudad de Essen visitando a un gran industrial. Reside en un rascacielos con muchas oficinas. Desde allí se puede ver media ciudad. Después de pasar por la antesala por fin me encontré frente a él. En seguida gestionamos lo que yo deseaba de él. Y después comenzamos a conversar. Me dijo: «¡Qué interesante es tener una vez a un pastor en mi oficina!» – «¡Claro!» le contesté, «¡eso es interesantísimo!» Y entonces continuó: «Dígame, después de la guerra he participado de vez en cuando en algunas conferencias teológicas, pero tengo la impresión ...» – «No tenga recelos,» le animé a continuar, «yo no me asusto fácilmente.» – «Tengo la impresión de que el cristianismo es una cosa poco clara. Mire, hubo ponencias sobre temas como «El cristiano y la economía», «El cristiano y el rearmamento», «El cristiano y el desarme», «El cristiano y el dinero», «El cristiano y su iglesia», pero nunca me han dicho lo que es un cristiano en sí. Yo creo que ni ellos mismos lo saben.» Ahí estaba yo, pues, en esa distinguida oficina, y este hombre me estaba diciendo en la cara que «aparentemente ni ellos mismos saben lo que es un cristiano». «O», le contesté, «usted está equivocado.» Se me quedó mirando asombrado: «¿Usted puede decirme lo que es un cristiano?» – «¡Claro que sí! Y quiero decírselo en plata y sin rodeos. No hay nada incierto ni dudoso. Voy a dejarlo muy claro.» – En tono un poco burlón me dijo: «Bueno, unos dicen que un cristiano es aquel que nunca tiene problemas con la policía, otros dicen que un cristiano es aquel que es bautizado y enterrado por la iglesia.» Entonces continué: «Señor director general, le voy a decir lo que es un cristiano, pero ¡agárrese! Un cristiano es aquel que de todo corazón puede decir: «Yo creo que Jesucristo es Dios verdadero, nacido del Padre desde la eternidad, y también hombre verdadero nacido de la virgen María, y que Él es mi Señor que me salvó, estando yo perdido y condenado.» Señor director

general, usted es un pecador perdido y condenado.» Asintió con la cabeza. Lo comprendió muy bien. Admitió que somos pecadores perdidos y condenados. «Bien,» le dije, «Jesús me ha salvado, comprado y rescatado de todos mis pecados y de la muerte y del poder del diablo. Señor director, comprado y rescatado del poder del diablo.» Asintió con la cabeza. Sabía bastante sobre esto. Y yo continué: « ... no con oro ni plata, sino con su propia sangre preciosa y su muerte inocente, para que yo fuese suyo. Mire: el que pueda decir esto: <Yo soy de Jesús. Él me ha redimido del pecado, de la muerte y del infierno por su santa sangre. ¡De eso estoy seguro! – ese es un cristiano, Señor director.» Entonces hubo un momento de silencio en la oficina. Y entonces me preguntó: «¿Y cómo puedo yo llegar a serlo? ¿Cómo puedo llegar a serlo?» Entonces le contesté: «Mire, su secretaria me acaba de contar, que usted se va a ir de vacaciones. Esta misma tarde le voy a enviar un Nuevo Testamento. Llévese ese Nuevo Testamento y lea cada día un poco en el Evangelio de Juan y ore usted sobre lo que ha leído. Entonces usted también lo obtendrá.»

¿Comprendes? El ser cristiano, como está reflejado en el Nuevo Testamento, es la certidumbre de que las verdades objetivas son una realidad y que subjetivamente las puedo tomar para mí y ser salvo. ¿Tienes esa seguridad? Yo no podría vivir si no supiese que Él me ha recibido. Pregunté a un joven: «¿Amas a Jesús?» – «Sí.» – «¿Sabes que te ha recibido? ¿Eres suyo?» – «Bueno, no lo sé exactamente. Aún tengo muchas luchas.» – «Pero, hombre,» le contesté, «yo no podría vivir así. ¡Tengo que saber si Él me ha recibido!» Vosotros, los cristianos inseguros, que ni siquiera sabéis si Dios existe o no, que estáis perfectamente informados sobre vuestros recursos monetarios, pero que nada sabéis de Dios, ¡vosotros no sois cristianos! Según el Nuevo Testamento son cristianos los que pueden decir: «Creo que Jesucristo es ahora mi Señor.»

Voy a insertar aquí una simpática historia que le ocurrió al general alemán von Viebahn, quien fue un conocido evangelista: El

general contó como durante una maniobra en un bosque, cabalgando sobre su caballo, se quedó enganchado en un árbol con su capa, rasgándose una parte de la tela. Para un general esto es bastante desagradable, así que, cuando volviendo a su cuartel vio unos soldados sentados en un muro, hizo parar su caballo y preguntó en alta voz: «¿Hay entre vosotros un sastre?» En seguida se presentó un soldado, saludó y dijo: «A la orden, general, yo soy Sastre.» Entonces el general le dio la orden: «Entonces venga usted inmediatamente conmigo a mi alojamiento en la posada La Ternera y remiéndeme mi capa.» Pero el soldado respondió: «Lo siento, pero no puedo hacerlo.» – «¿Pero por qué no? ¿No es usted sastre?» – «Perdone usted, general,» contestó, «Yo me llamo Sastre, pero no soy sastre.»

Cuando el General contó esta anécdota añadió: «Esto es aplicable a la gran mayoría de los cristianos. En su ficha dice <cristiano evangélico>. Pero en realidad tendrían que decir: <Me llamo cristiano, pero no soy cristiano.>»

¡Qué situación más lamentable! ¡Y qué peligrosa es esta condición, porque así aún no se es salvo!

Así que tengo que seguir adelante y contestar esta pregunta:

#### **4. ¿Cómo podemos llegar a tener esta firme certidumbre?**

Seguro que eso es lo que me vas a preguntar: ¿Cómo puedo obtener esta certidumbre? Habría mucho que decir al respecto: ¡Pídeselo a Dios! Empieza a leer regularmente en la Biblia, cada día un cuarto de hora tranquilo. Pero quiero decirte aún algo muy importante: La seguridad de la salvación no la recibimos usando nuestra razón, sino a través de la conciencia.

Mira: Cuando hablo con hombres sobre el cristianismo empiezan a decirme cosas como éstas: «Ah, pastor, me cuesta creer. En la Biblia hay tantas contradicciones ...» – «¿Contradicciones?» – «Sí, por ejemplo nos dice que Adán y Eva tuvieron dos hijos, Caín y Abel. Caín mató a Abel. Así que quedó él solo. Y entonces se fue a un país lejano y se buscó una mujer. Pero, si eran los únicos seres humanos en la tierra ¿cómo pudo ir a buscar una mujer para sí? ¡Pastor! Eso no lo puedo comprender.» Seguro que habrás oído alguna vez esta objeción. Con esta historia los hombres aquí quieren escaparse de Dios. Yo siempre suelo contestar así: «¡Qué interesante! Tenga aquí una Biblia y muéstreme dónde dice eso de que Caín se fue a un país lejano para buscar allí una mujer para sí.» Entonces se ponen colorados como un tomate. Y yo continuó diciendo: «Si usted rechaza toda la Biblia, por la cual miles de personas inteligentes han creído y se han convertido, es decir, si usted quiere ser más listo que ellos, entonces me imagino que habrá estudiado a fondo la Biblia, ¿no?. ¿Dónde dice eso?» Y sale a relucir que no lo saben. Entonces abro yo la Biblia, porque allí no dice eso, sino: «Y salió Caín de delante del Señor y habitó en tierra de Nod, al oriente de Edén. Y conoció Caín a su mujer ...» (Génesis 4:16). Su mujer la había llevado consigo. ¿Quién era la mujer? Antes de esto leemos que Adán y Eva tuvieron muchos hijos e hijas. Fue, pues, su hermana. La Biblia lo dice explícitamente que de una familia descenderían todas las familias de los hombres. Entonces al principio tuvieron que casarse hermanos con hermanas. Más tarde Dios prohibió el matrimonio entre hermanos. ¿Ha quedado claro? – Sí, todo claro. «¿No ve usted que todas estas sandeces se vienen abajo?» Pero mi interlocutor no creyó por eso, ¡no! Al momento me planteó otra pregunta: «Pero, Señor pastor, dígame ...» y así sigue. Yo podría contestarle cien mil preguntas a este hombre, pero seguiría igual de entenebrecido que antes. La fe no viene a través de la razón, sino a través de la conciencia.

Mi precursor como pastor aquí en Essen fue el evangelista Julius Dammann. A él vino un joven con la misma pregunta sobre la

mujer de Caín y otras más. Entonces Dammann las solucionó todas de una vez diciendo: «¡Joven, Jesucristo no ha venido a responder preguntas sutiles, sino a salvar a los pecadores! Ven otra vez, cuando seas un pobre pecador.» La gente con una conciencia intranquila, la gente que sabe: «Algo va mal con mi vida. No puedo conmigo mismo;» estos pueden aprender a creer en el Salvador. La razón viene después.

Lo que voy a contar ahora lo viví en un hospital cuando hice una visita. Entré en una habitación donde yacían seis enfermos. Cuando me vieron en seguida me recibieron con alegría: «Ah, pastor, que bien que viene a visitarnos. Tenemos una pregunta.» «Oh», contesté, «una pregunta, muy bien, ¿y qué pregunta?» Ya me di cuenta de que me habían preparado una trampa. Todos estaban curiosos y en tensión cuando uno de ellos me hizo la pregunta: «Usted cree que Dios es todopoderoso ¿verdad?» – «Sí, creo que es así.» – «Una pregunta: Entonces el Dios de usted puede crear una piedra tan pesada que él mismo no pueda levantarla?» ¿Comprendes el chiste? Si hubiese dicho que sí, entonces Dios no es todopoderoso; si digo que no entonces tampoco es todopoderoso. «¿El Dios de usted puede crear una piedra tan pesada que él mismo no pueda levantarla?» Reflexioné un momento: ¿merece la pena explicárselo? Pero me di cuenta de que no tenía sentido, entonces le hice a él una pregunta: «Muchacho, ahora quiero hacerte yo una pregunta: «¿Has pasado la noche sin dormir por causa de esta pregunta? ¿Te ha quitado el sueño este problema?» – «¿Que si he pasado la noche en vela por eso? ¡Qué va!» – Entonces le expliqué: «Mira yo tengo que economizar mis esfuerzos; no puedo gastar mis fuerzas en tonto, por eso sólo puedo contestar aquellas preguntas que hayan provocado noches de insomnio en la gente. Díme: ¿qué te quita a ti el sueño?» A lo cual me contestó de inmediato: «Ah, lo de mi chica. Espera un bebé, pero ¿cómo vamos a casarnos ahora?» – «Mira por donde, así que eso te roba el sueño, ¿entonces hablemos de eso precisamente!» Con asombro me respondió: «¿Pero tiene eso algo que ver con el cristianismo?» – «Eso de la piedra



nada tiene que ver con el cristianismo, pero lo de tu chica tiene mucho que ver con el cristianismo. Mira: tú eres el culpable. Has traspasado un mandamiento de Dios, has seducido a la chica. Y ahora estás pensando en cómo salir del apuro y estás a punto de cometer un pecado aun mayor. Mira, estás metido hasta los codos en tu propia culpa y pecado, sólo puedes hallar ayuda si te vuelves al Dios vivo y te arrepientes: si le dices «¡He pecado!». Para aquellos que le dicen eso, hay un Salvador que puede socorrerte.» Y el chico escuchó. ¡De repente comprendió que Jesús se interesaba por su conciencia cargada! Comprendió que Él podía ayudarlo y que era la salvación para su vida desbaratada.

Esto ilustra bien lo que estoy tratando de explicar: el chico quería usar de su inteligencia para llegar a Dios, y sólo fueron bobadas. Pero cuando fue tocada su conciencia, entonces se hizo la luz en él. Está bien claro. La certidumbre de la salvación no la obtenemos recibiendo respuestas a preguntas sofisticadas, sino dando la razón a nuestra conciencia y diciendo: «He pecado». Entonces nos amanece que hay un Salvador clavado en la cruz. Y entonces podremos experimentar: «¡Tus pecados te son perdonados!» y «¡Me ha recibido!» El camino va por la conciencia – y no por la razón.

Mira, para llegar a la certidumbre de la salvación – permíteme expresarlo de otra manera – hay que arriesgar algo. Hay iglesias que tienen ventanas con cristalería de colores. Cuando de día las miras desde fuera apenas distingues algo, parecen cristales negros y no se aprecian los colores. Pero si entras a la iglesia, de pronto lucen sus colores. Y lo mismo ocurre con la fe cristiana: mientras lo quiero mirar desde fuera, no comprendo nada de nada. Todo está oscuro. ¡Tengo que entrar! ¡Tengo que atreverme y dar un paso hacia Jesús! Tengo que entregarme a este Salvador y confiar en Él. ¡Entonces todo se esclarece! Es un paso para pasar de la muerte a la vida y entonces de golpe entiendes todo el cristianismo.

Una vez el Señor Jesús estaba predicando y miles le escuchaban. De pronto dijo algo terrible: «Así como estáis no podéis entrar en el reino de Dios. ¡Tenéis que nacer de nuevo! Vuestra naturaleza, aún la mejor, no sirve para entrar en el reino de Dios.» Entonces atrás se levantaron un par de hombres diciendo: «¡Venga, vámonos! ¡Es escandaloso lo que está diciendo!» Y se fueron. Lo vieron seis mujeres y se dijeron: «Los hombres se van. Venga, vámonos nosotros también.» Los oyentes fueron menguando. Eso tiene que ser terrible. Me imagino qué sentiría yo si me ocurriera a mí lo mismo, que durante mi mensaje se salieran los oyentes uno detrás del otro, quedando al final sólo un par de fieles ... Así le ocurrió a Jesús. ¡Es triste! De pronto Jesús estaba solo. Miles se habían ido mientras hablaba. No querían oírle más. Sólo se quedaron sus doce discípulos. Si yo hubiese sido Él les hubiese pedido: «¡Quedaros vosotros por lo menos! No me abandonéis vosotros los que me habéis seguido fielmente hasta ahora». Pero Jesús no obra así. ¿Sabes lo que dijo? Dijo: «Podéis ir vosotros también, si queréis.» En el reino de Dios no hay coacción. El reino de Dios es el único reino donde no hay policía. El reino de Dios es lo más voluntario que existe. «Podéis ir vosotros también si queréis, no pasa nada.» Así dice Jesús a sus discípulos. Y los discípulos estaban indecisos. Si 6000 se van, uno también se inclina a irse con ellos. Seguro que les hubiese tirado irse también, y más, animándoles el mismo Señor a hacerlo. Él les abrió las puertas de par en par: «¡Podéis ir también! ¡Podéis ir a la perdición! ¡Podéis ser impíos! ¡Podéis ir al infierno! ¡Haced como queráis.» Entonces Pedro se puso a reflexionar un momento: «¿A dónde iremos? ¿A dónde? ¿Una vida repleta de trabajo y esfuerzo como una mula, o una vida en la suciedad del pecado? Y al final de todo está la muerte y el infierno. ¿Qué valor tiene todo eso? ¡Nada!» Entonces pone su mirada en Jesús y una cosa sabe ciertísimamente: la vida sólo merece la pena vivirse con Jesús. Y dice: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente (¿ves la certidumbre aquí?). ¡Nos quedamos contigo!» (Juan 6:68-69).

Amigos, así llegamos a la certidumbre. Miramos los caminos de la vida y reconocemos: ¡Jesús es nuestra única oportunidad! Deseo de corazón que tú también recibas esa certidumbre radiante: «Hemos creído y conocemos que Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.»

Para terminar me gustaría dirigirme especialmente a aquellos entre vosotros que ya han creído y se han entregado a Jesús, pero no obstante dicen: «No tengo la seguridad de la salvación. ¿Cómo puedo recibirla? ¡Aún veo tanto pecado en mi vida!» A estas almas sinceras quiero decirles esto: ¿Crees que la seguridad de la salvación sólo se puede tener cuando se vive sin pecar? Entonces tenemos que esperar hasta llegar al cielo. ¡Hasta el último día de mi vida y hasta mi último respiro necesitaré la sangre de Cristo para perdón de mis pecados!

Seguramente conoces la historia del hijo pródigo. Cuando llegó a casa dijo: «He pecado!» Y el padre lo recibió e hizo una fiesta de alegría. Y ahora me imagino cómo continuó la cosa: A la mañana siguiente el hijo sin querer tiró la taza de café al suelo. No estaba acostumbrado ya a una mesa bien puesta, pues ya sabes que venía de cuidar cerdos. Se le cayó la taza, pues, sin querer. Y mientras la porcelana se hizo mil pedazos exclamó: «¡Maldita sea! ¡Qué mala suerte!» ¿Lo echará el padre de casa ahora? «¡Fuera! Vuelve a tus cerdos!» ¿Crees que lo va a hacer? ¡No! El padre le dirá: «aceptado es aceptado.» Aunque probablemente le explicará que hay que intentar no romper tantas tazas y no maldecir y acostumbrarse poco a poco a las costumbres de la casa – no obstante, no lo vuelve a enviar a los cerdos.

Lo mismo ocurre cuando una persona se entrega a Jesús, pues hace un descubrimiento horrible: ¡la vieja naturaleza aún está vivita y coleando! Y vienen derrotas. Pero cuando vivas una derrota después de haberte convertido, no te desespere, sino ponte de rodillas y ora tres frases: Primero: «Te doy gracias, Señor, que sigo perteneciéndote.» Segundo: «¡Perdóname por

Tu sangre!» Y tercero: «Líbrame de mi vieja naturaleza!» Pero lo primero es: «Gracias que aún soy tuyo.»

¿Comprendes? La seguridad de la salvación consiste en saber que he llegado a casa y que he emprendido la lucha por vivir una vida santa como uno que ha llegado al hogar, no como uno a quien vuelven a echar fuera una y otra vez. Predicar que cada día hay que aceptar de nuevo la salvación es algo horrible. Mis hijos no tienen que venir a mí cada mañana y preguntarme: «Papá ¿podemos ser hoy otra vez tus hijos?» ¡Son mis hijos! Y aquel que es un hijo de Dios lo seguirá siendo, y sus luchas por vivir una vida santa las emprende como hijo de Dios.

¡Y ahora te deseo de todo corazón la radiante certidumbre de los hijos de Dios!

## *¿Es ser cristiano un asunto privado?*

Muchas veces se oye la afirmación que la religión es una cosa privada. ¿Es eso verdad? ¿Es el cristianismo un asunto privado de cada uno? – o dicho de forma más concreta: ¿Es ser cristiano un asunto privado?

Antes de contestar esta pregunta voy a hacer una contrapregunta. Imagínate una moneda de 1 Euro. ¿Qué ves en ambas caras? Si es la moneda de Alemania verás en una cara un águila y en la otra un número uno. La moneda tiene dos caras y las dos son diferentes. Lo mismo podemos decir del cristianismo: ¿Es un asunto privado? La respuesta es: sí y no. Ser un verdadero creyente tiene también dos caras: un lado totalmente privado y otro completamente público. Y si a un cristiano le falta uno de estos dos aspectos, algo va mal. Ahora quiero enseñarte las dos caras del creyente que lo es de verdad por obra del Espíritu Santo.

### **1. Ser cristiano es un asunto muy privado**

Para ilustrarlo quiero empezar contando una historia. Alguien me dijo una vez que yo era un cuentista. Entonces le contesté: «Eso no es ninguna deshonra. Siempre temo que la gente se duerma en la iglesia. Pero cuando entremezclo alguna historia, entonces no se me duermen.» Además, la vida entera consiste de historias, no de teorías.

En el Siglo XIX vivió en el norte de Alemania un potente predicador: Johann Heinrich Volkening. Los mensajes que predicó obraron un cambio en toda la región. Hubo un gran avivamiento. A este Volkening le llamaron una vez para que visitara a un campesino muy rico. Tenía una granja enorme y era

un hombre íntegro y trabajador. Pero odiaba a este evangelista desde el fondo de su alma. ¿Sabes? detestaba ser un pecador. Su lema era: «Haz bien y no mires a quién.» Un buen día llamaron a Volkening, porque este granjero estaba a punto de morir. Quería tomar la santa cena. Volkening fue a verle. Era alto y sus ojos azules llamaban la atención. Se acercó, pues, a la cama de este campesino, mirándole largo tiempo en silencio. Después le dijo: «Enrique, temo, temo mucho por ti. Tal como estás, aún no puedes ir al cielo, sino directamente al infierno.» Dicho esto, se dio la vuelta y se marchó. Menuda rabia le entró al enfermo: «¡Y eso quiere ser pastor! ¿Es eso amor cristiano?» Entonces llegó la noche y el campesino tan gravemente enfermo no podía dormir. Su conciencia le daba punzadas: «¡No vas camino al cielo, sino al infierno! ¿Y si eso fuera verdad?» Y se acordó de un montón de pecados. No había honrado a Dios y en ocasiones había engañado a otros sagazmente. En las noches que siguieron le invadió un miedo terrible. Se puso muy nervioso, porque de pronto vio que había mucha culpa en su vida y que no era un hijo de Dios ni mucho menos. Ahora, en serio, quería dar media vuelta y convertirse. Así que al cabo de tres días volvió a enviar a su mujer para que trajera a Volkening: «¡Mujer, tráeme a Volkening!» Era ya bastante tarde, pero Volkening acudió inmediatamente. Con gran inquietud el campesino le dijo: «Pastor, creo que tengo que dar media vuelta y convertirme.» «Sí,» explicó Volkening, «en la vejez se camina con más prudencia. ¡Cuando ven las orejas al lobo, claman, pero eso es un arrepentimiento por emergencia, es un arrepentimiento muerto! Así no puede ser.» Dicho esto, se dio la vuelta y se marchó. Si grande fue su enfado la primera vez, ahora fue mayor todavía. ¿No te hubiera pasado a ti lo mismo? Seguro que con rabia hubiésemos echado fuego por los ojos. ¿No hubiese sido mejor que este pastor hablase amablemente con el campesino? ¿No veía que era muy probable que muriera pronto? Pero Volkening era un hombre que estaba en la presencia de Dios y que sabía lo que decía. Aún pasaron otros tres días hasta que el campesino entró en una angustia

terrible. Ahora sabía de seguro: «¡Tengo que morir! ¿Y dónde han estado en mi vida el amor, el gozo, la paz, la paciencia, la amabilidad, la bondad, la fe, la mansedumbre, la templanza?» Durante toda su vida había despreciado al Salvador que murió por él. Había desechado a Aquel que en su amor estaba delante de él. Ahora se veía al borde del infierno y estaba completamente desesperado. «Mujer,» pidió de nuevo, «¡haz venir al pastor!» Ella le respondió: «¡No quiero ir otra vez, ya ves que no te ayuda!» – «Mujer, ¡traele acá, que voy al infierno!» Así que la mujer fue. Cuando vino Volkening se encontró con un hombre que había comprendido: «No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará» (Gálatas 6:7). Volkening acercó una silla a la cama y le preguntó: «¿Verdad que vas al infierno?» – «Sí, al infierno.» Entonces Volkening le dijo: «Enrique, ven, vayamos ahora al Gólgota. ¡También para ti murió Jesús!» Y entonces le habló con las palabras más tiernas y dulces de cómo Jesús salva a los pecadores. Pero no lo hace hasta que en nuestros propios ojos nos vemos como pecadores. Primero hay que terminar con eso de: «Yo vivo honradamente y no hago mal a nadie.» Primero hay que estar en la verdad, entonces Jesús nos puede salvar. El campesino comprendió de repente que también para él Jesús había muerto en la cruz. «¡Él ha pagado por mis pecados! ¡Él puede darme gratuitamente la justicia que me justifica delante de Dios!» Este campesino oró por primera vez sinceramente: «¡Dios, sé propicio a mí pecador! Señor Jesús, ¡sálvame pues estoy al borde del infierno!» Volkening se alejó silenciosamente. Dejó a solas a un hombre que estaba invocando a Dios. Volkening estaba tranquilo, porque la Biblia dice en tres ocasiones: «Todo aquel que invocare el nombre de Jesús será salvo.» Al día siguiente se encontró con un hombre que tenía paz con Dios. «¿Qué hay, Enrique?» Y Enrique le contestó: «¡Me ha recibido – por Su gracia!» Había ocurrido un milagro.

¿Ves? Así fue el nuevo nacimiento de un campesino orgulloso. Y ahora presta atención: Una noche vino a Jesús un letrado y

le dijo: «Maestro quiero discutir contigo sobre problemas religiosos.» A éste le contestó el Señor Jesús: «¡De discutir nada! El que no nazca de nuevo, no puede entrar en el reino de Dios.» «¿Cómo?» le preguntó entonces el hombre, «pues no puedo volver a ser un niño pequeño y entrar otra vez en el vientre de mi madre para nacer otra vez.» Pero Jesús continuó su andadura: «el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios» (Juan 3:5). Este es el lado privado de la fe cristiana: entrar por la puerta estrecha para obtener la vida eterna, nacer de nuevo mediante el gran milagro de Dios.

Lo que te vengo diciendo no son asuntos teológicos sin importancia, sino que se trata de tu salvación eterna. ¡Crémelo! Podría ser que en tu muerte no tengas a un Volkening que te ayude. Escucha: parte del nuevo nacimiento es dar la razón a Dios y admitir que estoy perdido y que mi corazón es malo. Parte del nuevo nacimiento es anhelar a Jesús, el único Salvador del mundo. El nuevo nacimiento implica confesarle sinceramente a Jesús: «He pecado contra el cielo y delante de ti.» El nuevo nacimiento implica creer que «su sangre me limpia de todo pecado.» Él paga por mí y me da su justicia que es la única que Dios aprueba. El nuevo nacimiento implica entregarse completa y decididamente a Jesús. Y el nuevo nacimiento trae consigo que el Espíritu Santo te dice: «Dios te ha recibido.» En la Biblia eso se llama «estar sellado.» Sin el nuevo nacimiento no puedes entrar en el reino de Dios. Pero los que han sido hechos hijos de Dios lo saben. Amigos, si me estoy ahogando y alguien me saca del agua, después sé segurísimamente que he sido rescatado, pues estoy en tierra firme y respirando tranquilamente.

¿Ves? Este es el lado privado de la fe cristiana. Cada uno tiene que experimentar personalmente que ha pasado de muerte a vida. Es un milagro cuando miro atrás y recuerdo cómo fui recibido por el Señor Jesucristo. Desde entonces le pertenezco. Antes vivía alejado de Dios y en toda clase de pecados. Pero un día Jesús entró en mi vida y ahora soy suyo y quiero emplear



mi vida para Él, para avisar a las personas y llamarles para que acudan a Jesús. Te pido encarecidamente que no descanses hasta que hayas nacido de nuevo y sepas que eres suyo y que nada te puede arrancar ya de Su mano.

Pero el nuevo nacimiento no es el final, sino el principio del cristianismo privado. Lo muy personal y privado de la fe cristiana continúa.

Desde que me convertí he tenido una cosa bien clara: «¡Quiero, sin falta, oír todos los días la voz de mi amigo!» Así empecé a leer la Biblia. Muchos piensan que sólo los eclesiásticos y doctos pueden leer la Biblia. Cerca de mi casa en Essen hay unos jardines públicos y me gusta ir allí por las mañanas y leer para mí mi Biblia mientras camino y me paseo por allí. La gente que vive allí cerca puede observarme y hace poco uno me comentó: «Siempre observo cómo lee su breviario.» El breviario es lo que leen los sacerdotes católicos. Este hombre no podía imaginarse que yo leía un libro que cualquier laico y todo el mundo puede leer, ¡porque la Biblia es para todos!

Cuando tengo campamentos con mis chicos de Essen, siempre nos reunimos antes del desayuno para tener un cuarto de hora tranquilo. Primero cantamos un himno matinal y leemos el versículo del día. Después les indico un pasaje de la Biblia para que cada uno de ellos lo lea a solas. Y todos los que han comenzado una vida con Jesús, una vida como creyentes, lo hacen de igual manera en su casa, porque no pueden vivir sin oír la voz del Buen Pastor y no pueden estar sin hablar con Él. Ahora te pido a tí que avives el lado privado de tu vida como creyente y empieces a leer el Nuevo Testamento. Un cuarto de hora por la mañana o por la tarde.

Y cuando cierres el Nuevo Testamento ponte a orar y di: «Señor Jesús, ahora tengo que hablar contigo. Hoy tengo mucho que hacer, por favor ayúdame. ¡Guárdame de mis pecados preferi-

dos! Dame amor para los demás; dame el Espíritu Santo!» ¡Tú ora! ¡Habla con Jesús! ¡Él está ahí y Él te oye! Esto pertenece al lado absolutamente privado de la fe viva. Un creyente tiene que hablar con su Señor.

Hace poco le dije a un señor que había creído y estaba comenzando su vida en la fe: «Usted necesita diariamente un cuarto de hora a solas con Jesús.» A lo cual me contestó: «¡Pastor! ¡Yo no soy un eclesiástico! Usted como pastor tiene tiempo para eso, ¿pero yo? Ya sabe que tengo muchísimo trabajo.» Y yo le respondí: «¡Escuche! Usted no da abasto con todo lo que tiene que hacer durante el día ¿no es así?» – «No doy abasto, nunca termino con todo,» reconoció. «¿Lo ve?», le dije entonces, «eso es porque no tiene ese cuarto de hora tranquilo. Si se acostumbra a hablar con Jesús por las mañanas y a leer un par de versículos en el evangelio orando después sobre lo leído, entonces experimentará como podrá abarcar y terminar todo con facilidad. Cuanto más trabajo tenga usted, más necesita ese cuarto de hora a solas con Dios. Más adelante ese cuarto de hora quizá se alargue, porque quiere decirle primero al Salvador todo lo que le conmueve. Y verá como todo le sale mejor. Hablo por experiencia.

A veces me ocurre a mí lo mismo. Me levanto de la cama – y ya suena el teléfono. Luego está el periódico sobre la mesa. Después suena otra vez el teléfono. A continuación viene alguien a visitarme. Y todo el día estoy nervioso e impaciente. Nada funciona y de repente caigo en la cuenta: ¡Es que aún no he hablado con Jesús! Y Él tampoco ha podido decirme nada a mí. Así está claro que no puede funcionar.

¿Entiendes? El tiempo devocional a solas con Jesús es parte del lado privado de la fe cristiana.

Otra cosa que pertenece a este lado privado es que diariamente crucifiquemos nuestra carne y sangre. En mi vida he hablado con muchas personas y se puede decir que todas tenían algo

de qué lamentarse. Las mujeres se quejan de sus maridos. Los maridos se lamentan de sus mujeres. Los padres se quejan de sus hijos. Los hijos se quejan de sus padres. Prueba tú mismo a señalar con tu dedo índice a otra persona: «¡Ese tiene la culpa de que yo no sea feliz!» ¡Y mira cómo los otros tres dedos de tu mano están señalándote a ti! Créeme, en el momento que tengas tu cuarto de hora tranquilo con Jesús, él te mostrará que tú mismo eres el motivo de toda la miseria en la que te encuentras. Tu matrimonio va mal, porque no vives consciente de que Dios todo lo ve. Tu negocio no va bien, porque no caminas en la presencia de Dios. Los creyentes tienen que aprender a clavar su naturaleza en la cruz todos los días.

Voy a contar algo personal al respecto: Acabo de pasar ocho días en un campamento con los chicos que son mis colaboradores en las reuniones de jóvenes. Hemos convivido juntos estos ocho días y ha sido una delicia, una verdadera bendición. Hemos tenido mucho gozo juntos. No obstante hubo también dificultades. Pero antes de celebrar la cena del Señor el último día ocurrió algo: varios de los chicos fueron a pedir perdón a alguno. Yo mismo tuve que ir a tres y decirle a cada uno: «¡Perdóname, que el otro día te traté mal!» – Y cada chico me contestó: «¡pero usted tenía razón en regañarme!» – «¡No importa! lo siento y te pido que me perdones.» No creas que es fácil humillarse ante un joven de 20 años, pero no tuve tranquilidad hasta que no lo hice.

Cuando tienes ese rato tranquilo con Jesús aprendes a crucificar tu naturaleza todos los días. Y entonces todo a tu alrededor se embellece. Esto es parte del lado absolutamente privado de la fe cristiana. Y si no lo conoces, deja de llamarte cristiano, por favor.

Mira, muchas veces voy por la calle y pienso lo siguiente: toda esta gente tiene algo de cristiano, todos van de tarde en tarde a la iglesia, y si preguntara a alguno de ellos: «Perdone, ¿es usted cristiano?» entonces me responderían: «¡Pues claro! ¡No somos musulmanes!» Pero si continuara preguntando: «Escuche, esa

alegría de ser cristiano ¿le ha quitado alguna vez el sueño?» A lo cual me contestarían: «¡Usted está loco!» Pero así es: ser cristiano sin alegría no es ser cristiano. Por donde mires falta la alegría, pero en el momento que vives el nuevo nacimiento experimentas lo que significa: «Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!» (Filipenses 4:4).

Amigos, hace unos días les comenté a mis chicos un versículo maravilloso de la Biblia: «Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia» – ese Sol es Jesús – «y en sus alas traerá salvación;» ¡Qué hermoso! ¿y sabes cómo continúa el versículo? Así: «Y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada» (Malaquías 4:2). ¡Qué forma de expresar esta verdad tan bella! Lamentablemente encuentro pocos creyentes saltando como becerros de alegría por su Salvador. ¿De dónde viene tal falta de gozo? Es porque no son cristianos de verdad. Recuerdo a mi querida madre. En ella se podía ver algo de esa alegría incontenible. Y recuerdo a muchos otros que como cristianos tenían alegría. Y yo mismo quiero experimentar más y más el gozo del Señor. Pero para tener ese gozo hay que tomar en serio el evangelio y no conformarse con un mero barniz cristiano.

Así que esta es la cara privada de la fe cristiana. ¿Es ser cristiano un asunto privado? ¡Sí que lo es! ¡Sumamente privado!

## **2. Ser cristiano es un asunto público**

El lado público del cristiano es en primer lugar unirse a otros cristianos. Esto que estoy diciendo ahora es muy importante: los cristianos genuinos buscan la comunión con otros que también quieren ser salvos.

Todos los domingos hay reuniones. ¿Por qué no asistes? «Bueno», me contestas «escucho el mensaje por la radio.» No tengo nada

en contra de esto, si se trata de gente enferma. Muy bien, que disfruten del culto transmitido por la radio. Pero tu vida cristiana es totalmente raquítica si no tienes el deseo de asistir a una reunión auténtica y estar con cristianos de verdad.

Alrededor del año 300 después de Cristo – es decir, hace muchísimo tiempo – hubo un emperador del imperio romano que fue maravilloso: Diocleciano, quien había sido un esclavo. Luego obtuvo la libertad y poco a poco fue ascendiendo a fuerza de trabajar duramente, hasta ser emperador del gran imperio romano. En aquel entonces el cristianismo ya se había extendido mucho. Diocleciano sabía muy bien que sus predecesores habían perseguido a los cristianos. Pero él pensó: «Yo no voy a ser tan tonto y perseguir a la mejor gente. Que crean lo que quieran; bajo mi gobierno todos pueden tener la religión que deseen.» Esto fue un punto de vista extraordinario para un emperador, porque los príncipes normalmente siempre quieren gobernar también sobre las conciencias.

Bueno, pues este Diocleciano tenía a un regente adjunto más joven que él con el nombre Galerio. Un buen día este Galerio, quien iba a ser su sucesor algún día, le dijo más o menos esto a Diocleciano: «Mira, Diocleciano. Habrá una gran revuelta si los cristianos siguen aumentando así. Siempre están hablando de su rey Jesús. Tenemos que hacer lo posible para frenarlos.» – «Ah,» contestaría Diocleciano «¡déjame en paz! Mis predecesores llevan 250 años persiguiendo a los cristianos y no han podido terminar con ellos. Así que yo ni siquiera voy a intentarlo.» Este hombre era sabio. Pero Galerio no se dio por vencido y continuó pinchando: «Sí, pero los cristianos son algo especial. Dicen que tienen el Espíritu Santo, que por lo visto los demás no tienen, y también dicen que ellos serán salvos y los otros no. Son gente altiva. ¡Tienes que hacer algo en contra de ellos!» Pero Diocleciano se negó a perseguirlos nuevamente. Sin embargo, este Galerio no dejaba de insistir en su asunto y finalmente Diocleciano cedió y explicó: «Bueno, entonces solamente prohibiremos

las reuniones cristianas.» Así que se publicó el siguiente decreto: «Todo el que quiera puede ser cristiano. Pero los cristianos deberán abstenerse de tener reuniones. Bajo pena de muerte está prohibido desde ahora mismo.»

Así que los cristianos podían serlo en privado, pero no les estaba permitido reunirse. Entonces se juntaron los ancianos de la cristiandad para deliberar: «¿Qué haremos? ¿No sería mejor ceder? Pues en su casa cada cual puede hacer lo que quiera. No correrá ningún peligro.» Y ahora es interesante lo que estos creyentes del tiempo de la persecución dijeron: «Reunirse para orar, cantar, predicar, escuchar y ofrendar, eso es parte integral de la fe cristiana. ¡Nosotros seguiremos con ello!» Entonces siguieron reuniéndose en la iglesia. Y Galerio dijo triunfante: «¿Lo ves, Diocleciano? ¡Son enemigos del Estado! ¡No pueden obedecer!» Y entonces comenzó una de las más crueles persecuciones de los cristianos. Muchos cedieron y dijeron «También podemos ser cristianos en casa. ¡Nosotros no vamos a las reuniones!» – Así salvaron sus vidas. Pero la iglesia los calificó de apóstatas. ¡Los que no iban a las reuniones eran apóstatas!

Esto hay que decírselo a los cristianos de hoy en día. ¡En la cristiandad actual hay muchos apóstatas! Los creyentes de entonces tenían razón al oponerse al decreto del emperador. La Biblia dice claramente: «No dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre» (Hebreos 10:25). Hoy tendríamos que decir más bien: «... como casi todos tienen por costumbre.» Por eso quiero pedir encarecidamente a todos los que buscan la salvación: ¡Únete a aquellos cristianos que quieren serlo con seriedad y de verdad!

Hay muchas posibilidades para reunirse con creyentes. Tenemos las iglesias, hay reuniones caseras, reuniones de jóvenes, retiros etc. Te lo pido encarecidamente: ¡Busca la comunión! Un francés me comentó una vez: «A uno le gustan las sardinas, y a otro le gusta ir a la iglesia.» ¡No! Así no es. Es mucho más serio: Uno

va al infierno y el otro se une a los cristianos. Así es. Si de veras quieres seguir a Jesús intéresate por averiguar dónde puedes juntarte con creyentes y escuchar más sobre Jesús. Tienes que ir donde verdaderamente se predique a Jesús. Que nadie diga que donde él vive no hay creyentes cerca. En todos los lugares hay gente que ama a Jesús. Quizá son pocos, quizá son a veces un poco raros o diferentes, pero tu fe cristiana está muerta, si no participas en la comunión de los creyentes.

La congregación genuina de creyentes comprende cuatro partes: Primero cantar; segundo escuchar; tercero orar; y cuarto ofrendar. Toda reunión cristiana practica estas cuatro cosas, porque son expresión de una vida que procede de Dios.

No hay vida cristiana, si no nos reunimos con otros cristianos. La Biblia dice incluso: «Sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos (1 Juan 3:14).» Esto significa que si no siento el deseo de tener comunión con otros cristianos, estoy espiritualmente muerto.

Nunca olvidaré el comienzo extraordinario de mi ministerio en Bielefeld. A los cultos de los domingos asistían muy pocos. Pero entonces Dios obró. Un sábado tuve un debate en la Casa del Pueblo, sede de los comunistas, con los compañeros y librepensadores hasta la una de la madrugada. A esa hora nos echó fuera el tabernero. Estaba lloviendo. Por primera vez tuve reunidos a mi alrededor a unos cien hombres, trabajadores de fábrica. Nos pusimos debajo de una farola y ellos me hacían preguntas que yo les contestaba. Hacía tiempo que habíamos dejado ya los temas rojos y estábamos hablando de Jesús que vino del otro mundo. Hacía tiempo que estábamos hablando de que ellos no eran felices y que no era verdad que no tenían pecado, y hablamos de que en el fondo creían que había una eternidad y un juicio de Dios. A las dos les dije: «¡Amigos, me voy! Mañana a las nueve y media tengo culto. Ya sé que os gustaría asistir también, pero pensáis en el ¿qué dirán? y teneis miedo los unos de los otros.»

Todos ellos eran sajones. Delante de mí estaba el trabajador B., de unos 35 años y era un sajón auténtico. «¿Que yo tengo miedo? – ¡Ni hablar!» me contestó. Y yo le respondí: «Hombre, no digas eso. Tú sabes muy bien lo que ocurriría el lunes en la fábrica, si el domingo fueras a la iglesia. ¡Y eso es lo que temes!» – «¡Yo no tengo miedo!» repitió. Y yo repetí: «Ya lo sé que te gustaría venir a la iglesia, pero ...» – «¡Bien!», dijo, «¡mañana estaré en el culto, además iré con el himnario debajo del brazo!» Y el domingo por la mañana, o sea, un par de horas más tarde, este sajón imponente desfiló con su himnario por las calles y vino al culto. En este barrio todos se conocían y el lunes, claro, vino a mí y me contó: «Tenía usted razón. ¡Menudo alboroto en la fábrica, porque he ido a la iglesia! He visto lo aterrador que es todo esto: Hablamos a gritos de la libertad, siendo esclavos miserables de los hombres. He tirado todo por la borda. Les he devuelto su libro para librepensadores. Ya no me creo toda esa propaganda. ¡Ahora hableme más de Jesús!» Este fue el primero que se convirtió genuinamente.

¿Comprendes? La cosa comenzó cuando fue al culto, a esa pobre y pequeña iglesia. Y la resistencia de éste hizo que otros siguieran su ejemplo. Esto abrió una brecha y Dios aun les dio a muchos la vida eterna. Pero fue interesante que para estos trabajadores la decisión se tomó viniendo a nosotros – a la congregación de los cristianos.

Te pido por amor de tu alma y tu eterna salvación: únete a la congregación de los creyentes. No estoy haciendo propaganda para la iglesia y sus ministros o para alguna denominación y sus líderes. ¡No! De lo que se trata es de tu propia salvación.

Y lo que también es parte del lado público de la verdadera fe cristiana, es el hecho de testificar con la boca lo que tenemos en Cristo.



En Alemania tenemos una situación absurda: la gente paga sus impuestos religiosos y se desentiende de todo. Difundir el evangelio ¡eso es cosa de los pastores oficiales de la iglesia evangélica! – así piensa la cristiandad oficial. Desearía cortar con todo esto, para que los creyentes de verdad, que siguen las pisadas de Cristo, supiesen que es tarea de todos dar a conocer el nombre de Jesús, dondequiera que estemos: en la empresa, en la oficina, en la escuela. ¿Has testificado alguna vez: «Es verdad ¡Cristo vive!? ¡Maldecir, es pecado! ¡Es una vergüenza eso de contar chistes verdes aquí!» ¿Has testificado alguna vez diciendo que tú perteneces a Jesús? La gente afinaría el oído. Y te voy a decir una cosa: mientras no tengamos el valor de testificar de nuestro Salvador, no somos creyentes como es debido.

Jesús dice – escucha bien –: «A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos» (Mateo 10:32).

Será horroroso cuando en el día del juicio los cristianos se presenten y digan: «Señor Jesús. ¡Yo también he creído en Ti!» – Y Cristo dirá al Padre: «¡No los conozco!» – «Pero, si yo ...» – «¡No te conozco! Tu vecino no supo que iba al infierno. Tú nunca lo avisaste, a pesar de que tú mismo conocías el camino a la vida. ¡Callaste, cuando debías haber hablado y confesado a tu Salvador!» Y quizá contestarás: «Sí, pero yo mismo era tan débil en la fe!» Y entonces el Señor Jesús contestará: «Pues deberías haber confesado tu débil fe. Aun la fe más débil tiene un Salvador fuerte. Y, dicho sea de paso, ¡no tienes que confesar tu fe, sino testificar de Mí! – ¡No te conozco!» – «A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos.» Esto lo dice Jesús ¡y Él no miente! ¡Cuándo tendremos otra vez el valor de abrir la boca!

Tengo que contarte aquí otra vivencia: Hace un par de semanas di unas conferencias en una ciudad de la Cuenca del Ruhr. Las conferencias las organizó un joven mecánico de automóviles, mi amigo Gustavo. Este Gustavo es ahora un testigo de Cristo gozoso y poderoso, porque en el momento decisivo aprendió a confesar a Jesús. Un lunes por la mañana él estaba en el taller. Y es sabido que los lunes todos se cuentan las cosas vergonzosas que han hecho el domingo. Uno contó que se habían emborrachado y bebido cerveza hasta salirles por los ojos. Otro contó de una aventura con una chica. «¿Y qué hiciste tú, Gustavo?» le preguntaron a él finalmente sus compañeros. En aquel entonces aún era aprendiz. «El domingo por la mañana estuve en la iglesia», les contestó, «y por la tarde fui a la reunión de jóvenes del Pastor Busch.» Menuda guasa, cuando lo oyeron. Se pusieron a despellejarle con sus burlas y el pobre aprendiz estaba ahí como un tontito. Y mientras todos arremientan contra él, los oficiales y el patrón, a este chico le entró una rabia fenomenal y pensó: «¿Por qué pueden fanfarronear toda clase de cosas vergonzosas, mientras que del Salvador no se puede hablar?» Y en ese momento tomó la determinación de conquistar el taller para Jesús. Comenzó con los otros aprendices como él, diciéndoles a cada uno: «¡Vas al infierno! Ven conmigo a la reunión de jóvenes, allí oirás de Jesús.» Cuando a los tres años terminó su formación profesional, el taller había cambiado por completo. Yo mismo me he cerciorado de ello. Todos los aprendices asistían a nuestra reunión de jóvenes. Tres de los oficiales iban también. En el taller ya nadie se atrevía a contar un chiste verde. Cuando entraba uno nuevo y quería decir cosas feas, en seguida le avisaban: «¡Cuidado! ¡Que viene Gustavo!» Ahora tenían respeto de él. Hoy es jefe de un gran taller mecánico. Dios le ha bendecido también en lo material.

Y otra vez quiero preguntar: ¿Dónde hay cristianos que tengan el valor de abrir la boca y confesar a su Señor? En la medida en que lo hagamos, creceremos interiormente.

¿Es la fe cristiana un asunto privado? ¡No! Es nuestro deber testificar al mundo de Jesús. ¡Déjate ya de una vez de tu silencio desgraciado! De otra manera Jesús no te conocerá en el juicio final.

Cuando en la época de Hitler reclutaron a muchos de mis jóvenes de 16 y 17 años, yo a cada uno de ellos les regalé una Biblia pequeña y les dije lo siguiente: «¡Cuidado! Cuando esteis por primera vez en el cuartel, poned en seguida el primer día la Biblia sobre la mesa, leed en ella abiertamente. Entonces se armará un gran escándalo. Pero al día siguiente todo habrá pasado. Si no lo hacéis el primer día no os apañaráis y después no tendréis el valor.» Y los chicos me hicieron caso y pusieron desde el primer día la Biblia sobre la mesa.

«¿Qué estás leyendo?» – «¡La Biblia!» Eso era como lanzar una granada de mano. Menuda explosión, porque en el mundo cristiano se puede leer toda clase de suciedad, pero leer la Biblia, eso es impensable. Y a mi joven amigo Pablo, que tristemente después cayó en la guerra, le ocurrió lo siguiente: cuando a la mañana siguiente abrió su armario, descubrió que había desaparecido su Biblia. Miró a su alrededor y un compañero sonreía irónicamente. Y los demás también tenían una mirada de pícaros. «¿Habéis robado mi Biblia?» – preguntó. «Bueno ...» – «¿Dónde habéis puesto mi Biblia?» – «La tiene el primer sargento.» – Entonces ya sabía lo que le esperaba.

Después de su servicio, por la tarde se retiró a un rincón y oró: «Señor Jesús, estoy solo aquí. Con mis 17 años soy muy joven, Tú lo sabes. ¡No me abandones y ayúdame, para que pueda dar testimonio de Ti!» Después fue al primer sargento y llamó a su puerta. «¡Adelante!» El sargento estaba en su despacho. Sobre su escritorio estaba la Biblia de Pablo. «¿Qué quieres?» – «Permiso, mi sargento, solicito me devuelva mi Biblia. Es propiedad mía.» – «Ah», tomó la Biblia y la hojeó, «¿así que esta Biblia es tuya? ¿No sabes que es un libro peligroso?» – «¡A la orden, mi sargento, lo sé! La Biblia incluso es peligrosa estando encerrada

en el armario. Aun allí inquieta y perturba.» – ¡Pum! El primer sargento se enderezó: «¡Siéntate!» Y después le confesó al chico que él en su día había querido estudiar teología para ser pastor. «Entonces, mi sargento, ¿usted ha apostatado de su fe?» le preguntó Pablo. Y entonces se entabló una conversación maravillosa durante la cual este hombre de unos 40 años le dijo a este chico de 17: «Estoy destrozado, pero no puedo volver atrás. Tendría que renunciar a demasiado.» Y el chico le contestó: «¡Pobre infeliz! ¡Pero Jesús se merecería cualquier sacrificio!» El sargento despidió al chico con las siguientes palabras: «¡Tú eres feliz!» – «¡Sí, mi capitán, lo soy!» confirmó Pablo – y se marchó con su Biblia. Y desde entonces ninguno se metió más con él ni le dijo nada.

Ah, ¿dónde están los cristianos dispuestos a dar la cara y mantenerse firmes en su fe?

¿Es la fe cristiana un asunto privado? Sí, el nuevo nacimiento y la vida espiritual ocurren en lo más profundo del corazón.

¿Es ser cristiano un asunto privado? ¡No! Los cristianos se reúnen en congregaciones, para los cultos, para reuniones caseras, para reuniones juveniles, reuniones de mujeres, de hombres. Los creyentes abren su boca y confiesan a su Señor. ¡El mundo tiene que enterarse de que en Jesús Dios ha encendido un fuego!

## *¿Qué gano yo viviendo mi vida con Dios?<sup>1</sup>*

También podríamos expresar nuestro tema de esta manera: «¿Vale la pena ser cristiano?» Respecto a esto tengo que citarte primeramente un versículo bíblico de la carta a los Efesios: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo.» Estas palabras hablan maravillosamente de la rica bendición que poseen los creyentes por Cristo. Pero antes de entrar en el tema tengo que aclarar primeramente un par de cosas. Lo primero que quiero decir es que:

### **1. ¡Una vida con Dios no es una vana ilusión!**

La vida con Dios no es una fantasía. Eso quiero dejarlo bien claro.

Siendo pastor en una gran ciudad, tengo cantidad de encuentros interesantes. Hace poco me encontré con un joven y le dije: «¡Ay, chico! ¡Qué podría ser de ti, si tu vida perteneciera a Dios!» – «Ah, pastor Busch,» me explicó, «¡bájese de la nube!» Con esta expresión quiso darme a entender que yo debía ser sensato, puesto que Dios ni siquiera existía, según él. A lo cual contesté: «¡Hombre, esto sí que es una noticia de última hora!» Entonces me dijo: «Mire, los hombres antiguamente se sentían muy desvalidos frente a las potencias de la naturaleza, y entonces imagina-

---

1 Este es el último mensaje del pastor Wilhelm Busch, pronunciado el 19 de Junio de 1966 en Rügen, la mayor isla de Alemania. En su viaje de regreso después de este ministerio evangelístico Dios le llamó a su presencia el 20 de junio de 1966.

ron fuerzas mayores que pudieran ayudarles. Los unos lo llamaron Alá, los otros Dios, otros Jehová, otros Budda y otros ¡qué se yo! Pero hoy en día se ha comprobado que todo eso eran meras fantasías y que el cielo está vacío.» Así me dio un bello discurso este joven. Cuando hubo terminado le respondí: «Pero muchacho, ¡tú no conoces a Jesús!» – «¿Jesús? – ese es uno de entre los fundadores de las distintas religiones.» – «Amigo, eso es una terrible equivocación. Te voy a decir quién es Jesús. Desde que le conozco sé que Dios vive. Sin Jesús no sabríamos nada de Dios.» Y entonces le aclaré quién es Jesús.

¿Quién es Jesús? Me gustaría explicártelo con un ejemplo:

Yo he pasado mucho en mi vida. Por ejemplo, he estado varias veces en la cárcel, pero no por haber robado cucharas de plata, sino por causa de mi fe. Los nazis no sentían mucha simpatía por mí, porque yo era un pastor dedicado a los jóvenes. Así que me metieron en diferentes cárceles horribles. Un arresto lo pasé en una cárcel especialmente repugnante. El edificio era todo de hormigón y las paredes eran tan finas que se oía cuando tosía alguien en el piso de abajo o alguien del tercer piso se había caído del camastro. Yo estaba en una celda estrechísima, cuando oí que en la celda vecina entraba uno nuevo, también un prisionero de la policía secreta. Este hombre estaba terriblemente desesperado y destrozado. A través de la pared tan fina le oía llorar por las noches. Oía como se echaba de un lado para otro en su catre. A menudo oía sus sollozos oprimidos. Es terrible cuando un hombre llora. Durante el día no nos era permitido echarnos en el catre, entonces oía como andaba de aquí para allá, dos pasos y medio hacia un lado y dos pasos y medio para el otro – como un animal en la jaula recorría su estrecha celda de un lado para otro. A veces oía como gemía. ¡Y yo tenía la paz de Dios en mi celda! ¿Sabes? Jesús había entrado en mi celda. Y cuando oía cómo el hombre de al lado se desesperaba, mi pensamiento era: «¡Tengo que ir a verle, tengo que hablar con él, pues soy pastor!» Llamé al guarda y le dije: «Oiga, aquí en la celda de al lado

hay un hombre desesperado, su desesperación va a acabar con él. Por favor, yo soy pastor, déjeme hablar con él.» Entonces me contestó que tenía que preguntar a su superior. Al paso de una hora volvió y me dijo: «Petición denegada. Permiso rechazado.» Así que seguí sin ver al hombre vecino, a pesar de que estaba a un palmo de distancia. No sé como era, si joven o mayor, pero sentía su horrible desesperación. ¿Te imaginas la situación? Y más de una vez me paré delante de esa pared pensando: «¡Ah, si pudiera derrumbar esta pared y pasar al otro lado donde estaba ese hombre!» Pero yo no podía derribarla, por muchos golpes que diera.

Y ahora presta atención: En semejante situación, comparable a la mía de entonces, se encuentra el Dios vivo, Creador del cielo y de la tierra. Nosotros estamos encerrados en nuestro mundo visible de tres dimensiones. Dios está muy cerca. La Biblia dice: «Detrás y delante me rodeaste.» Dios está a un palmo de nosotros. Pero entre Él y nosotros está el muro de otra dimensión. Dios oye todas las penas de este mundo. Oye las maldiciones de los que están en amargura, los sollozos de los corazones solitarios, el dolor de aquellos que han perdido seres queridos, los gemidos de los que sufren injusticias. Todo esto le llega a Dios al corazón, como la desesperación de aquel hombre vecino me llegó a mí. Pero fíjate: Dios pudo hacer lo que yo no podía hacer: un día Dios derribó el muro que nos separaba de él, y entró en nuestro mundo visible – en la persona de Su Hijo. ¿Entiendes? En Jesús, el Hijo de Dios, vino Dios a nosotros, a toda esta suciedad y miseria de nuestro mundo. Y desde que conozco a Jesús, sé que Dios está vivo. Siempre suelo decir que desde que Jesús vino, negar a Dios es mera ignorancia.

Y ahora tengo que hablar de este Jesús. Cuánto me gustaría contar sólo historias de Jesús en mis mensajes, pero el tiempo no bastaría para abordar un tema tan grande y glorioso. Jesús nació en Belén y creció hasta hacerse un hombre. Exteriormente no se apreciaba en él la gloria divina, pero la gente se sentía atraída

por él; notaban que en él venían a nosotros el amor y la gracia de Dios.

La tierra de Galilea y Judea, donde Jesús vivía entonces, siendo miembro del pueblo Israel, estaba ocupada por tropas extranjeras, por los romanos. En la ciudad de Capernaúm el comandante era un centurión romano. Los romanos, por lo general, creían en muchos dioses, pero en realidad no creían en ninguno. Y un siervo de este centurión, que él apreciaba mucho, estaba enfermo de muerte. Había acudido a los médicos, pero ninguno había podido ayudarlo. «Este se me muere», pensó, pero se acordó de todo lo que había oído sobre Jesús. «Quizás puede ayudarme este Jesús. Voy a verle.» Y este hombre totalmente incrédulo y pagano fue a Jesús y le pidió: «Señor, mi siervo está enfermo. ¿No puedes sanarle?» – «Sí,» le contestó Jesús, «iré contigo.» A lo cual el centurión le respondió: «No hace falta que vengas conmigo. Cuando yo doy una orden, inmediatamente mis siervos la cumplen. De la misma manera Tú puedes pronunciar una palabra solamente y mi siervo sanará.» En otras palabras: «Tú puedes hacer posible lo imposible. ¡Tú eres el mismo Dios!» Al oír esto, Jesús explicó: «No he hallado semejante fe en todo Israel.» Es como si Jesús hubiese dicho en nuestro siglo XXI: La fe de este ateo no la he encontrado en toda la Iglesia. ¿Comprendes? Este centurión pagano comprendió que en la persona de Jesús Dios había venido a nosotros.

¡Tienes que conocer las historias de Jesús! Haz el favor de comprarte un Nuevo Testamento y lee el Evangelio de Juan y después otro evangelio etc. Son relatos maravillosos sobre Jesús. No conozco revista alguna que pueda narrar historias tan bellas como las que se hallan en el Nuevo Testamento.

Pero Jesucristo, el Hijo de Dios, no vino al mundo solamente para sanar a ese siervo, para manifestar y hacer patente que Dios existe. No, él quería más. Él vino para ofrecernos la paz con Dios.



Mira: aparte del muro de la otra dimensión, hay otro muro entre Dios y nosotros. Es el muro de nuestra culpa. ¿Has mentido alguna vez? Pues eso ya es un ladrillo entre Dios y tu persona. ¿Has vivido sin Dios, un día sin oración? Otro ladrillo más. Impureza, adulterio, robar, profanar el domingo y mil cosas más, todo ello son violaciones de los mandamientos. Y todas las veces que pecamos añadimos un ladrillo más. Todos nosotros hemos estado edificando el muro que separa a los hombres de Dios. Pero ¡Dios es un Dios santo! En el momento en que pronuncio la palabra «Dios» aparece inevitablemente la cuestión de mi pecado y culpa. ¡Esta cuestión hay que resolverla! Dios toma muy en serio todo pecado. Conozco a gente que piensan así: «¡Dios debe estar muy contento de que aún creo en Él!» ¡Qué barbaridad! ¡Como si eso bastara! El diablo «también cree en Dios»! No es un ateo, ni mucho menos. Sabe muy bien que Dios vive, pero no tiene paz con Dios. La paz con Dios la tengo, cuando ese muro de mi pecado que me separa de Dios, haya sido destruido. ¡Y para eso vino Jesús! Él derrumbó el muro de nuestras culpas. ¡Para ello se dejó clavar en la cruz! Él sabía: Uno tiene que llevar el juicio del Dios santo sobre el pecado – los hombres o yo. ¿Comprendes? O Wilhelm Busch o Jesús. Y Él entonces, el Inocente, siendo el Hijo del Dios vivo, ¡sufrió el juicio que yo merecía! Y también llevó el castigo tuyo.

Ahora quiero dibujarte al Señor Jesucristo en la cruz. Es el cuadro que más amo de todos los que hay en el mundo. Allí está colgado aquel por medio del cual Dios ha derrumbado el muro y ha entrado en la calamidad de este mundo. Allí está colgado aquel del cual la Biblia dice: «Dios cargó en él el pecado de todos nosotros» (Isaías 53:6). Allí está colgado aquel que lleva sobre sus hombros todos los ladrillos de nuestra culpa – los ladrillos de nuestros pecados. Allí está colgado el que hace lo que ninguno de nosotros puede hacer: el que quita de en medio todos los ladrillos de nuestros pecados. Tienes que leerlo tú mismo en la Biblia. En la cruz se ha hecho realidad lo que dice en Isaías 53:5: «El castigo, por nuestra paz, *cayó* sobre El.»

Permíteme aclararte aún otra cosa: Tengo un querido amigo en Suiza, y con él he hecho viajes maravillosos. Entonces, cuando habíamos comido juntos en algún restaurante, al final nos traían la cuenta. Y entonces uno tenía que pagar. ¿Quién tenía el monedero más grande? Yo solía decir con toda naturalidad: «Juan, desembolsa, que yo ahora mismo estoy sin blanca.» ¿Ves? Uno de los dos tenía que pagar. ¡Alguien tiene que pagar por nuestros pecados y transgresiones! O bien crees en Jesús, que Él ha pagado por ti – o bien lo pagarás tú mismo un día. Pero hay que pagar por cada pecado. Y es por eso que Jesús es tan importante para mí. A él me aferro, porque Él lo pagó ya todo por mí.

Pero este Jesús no permaneció muerto. ¡No! Y eso es maravilloso. Tres días después de la muerte de Jesús, hubo un hombre allí profundamente pensativo. Sus maquinaciones eran más o menos: «Entonces, ¿qué pasa con Jesús? Ahora está muerto. Con mis propios ojos he visto cómo le han metido en un sepulcro labrado en una peña y cómo han rodado una gran piedra a la entrada del sepulcro. ¿Era el Hijo de Dios o no lo era?» Este hombre pensativo se llamaba Tomás. Y mientras estaba sumergido en sus pensamientos acerca de Jesús de repente vinieron a él sus amigos radiantes de alegría: «¡Está vivo! ¡Déjate de melancolías! ¡Está vivo!» – «¿Quién está vivo?» – «¡Jesús!» – «¡Imposible!» – «¡Que sí! Hemos visto la tumba vacía, lo sabemos segurísimamente, hasta podemos jurártelo! ¡Incluso se nos ha aparecido!» – ¿Es posible que uno se levante de los muertos?, pensó Tomás. Si esto es verdad, entonces Él es el Hijo de Dios, porque entonces con ello Dios lo ha demostrado. Pero Tomás sigue escéptico. ¡En mi vida me han timado tantas veces que ya sólo me creo lo que veo!

En el tren, hablé de Jesús a una revisora y me contestó: «¡Yo sólo creo lo que veo!» Igual que ella pensaba Tomás. Y finalmente les explicó a los otros: «Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré» (Juan 20:25). Los otros se can-

saron de repetirle que estaba equivocado – Tomás siempre repetía: «No lo puedo creer.» Ocho días después estaba reunido con sus amigos, y de pronto Jesús apareció allí y se puso en medio de ellos. «Paz a vosotros». Y dirigiéndose a Tomás dijo: «Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.» Entonces este pobre hombre carcomido por las dudas cayó de rodillas y exclamó: «¡Señor mío, y Dios mío!»

Ahora comprendes que te digo que una vida con Dios no es una ilusión. Una vida con Dios no es fantasía ni nada incierto: «Dios estará por alguna parte, pero no podemos saber cómo es ...» ¡No! La base para que sea posible una vida con Dios es que el Hijo de Dios vino y murió por mí y resucitó de los muertos. Por eso ahora puedo saber a ciencia cierta cómo es Dios.

Esto es lo primero que tenía que aclarar previamente para poder enfocar bien nuestro tema: «¿Qué gano yo viviendo mi vida con Dios?» Dios no es una mera imaginación. Y ahora voy a contestar esta pregunta:

## **2. ¿Y cómo puedo obtener una vida con Dios?**

¡Ay!, Cuántas veces me dice la gente: «Pastor, usted debe ser muy feliz, pues tiene algo que yo no tengo.» Y yo suelo contestar: «¡Déjate de bobadas! ¡Tú puedes tener lo mismo que yo! ¡Jesús es también para tí!» Y entonces me preguntan: «¿Y cómo recibo yo una vida con Dios?» La Biblia da una respuesta clarísima en una sola frase: «¡Cree en el Señor Jesús!»

¡Ah, si pudiera conducirte para que obtengas esta fe! Pero primeramente tengo que aclarar lo que significa «creer», porque algunos tienen una idea totalmente equivocada acerca de la fe. Alguien mira su reloj y dice: «Ahora son exactamente las siete y

veinte. Lo sé seguro.» Otro que no tiene reloj dice: «Creo que son las siete y veinte.» De esta forma la gente piensa que «creer» es algo incierto, algo que no se sabe con certidumbre. ¿No es así? – ¿Qué significa «creer», cuando la Biblia dice: «Cree en el Señor Jesucristo»? Quiero explicártelo con un ejemplo:

Hace algún tiempo prediqué en la capital de Noruega, en Oslo. El sábado por la mañana estaba previsto que yo regresara en avión a Alemania, porque al día siguiente tenía que hablar en una gran reunión en Wuppertal. Pero la cosa se puso fea desde el principio: El avión ya tenía una hora de retraso por la niebla. Finalmente pudimos embarcar con destino a Copenhague, donde debíamos de hacer trasbordo. Estando ya a la altura de Copenhague, el piloto de repente cambió de rumbo y se puso a volar en dirección a Suecia. Por el altavoz nos explicó que Copenhague estaba tan sumergido en la niebla que no podíamos aterrizar, por lo cual íbamos a volar a Malmö. ¿Qué pintaba yo en Malmö, en Suecia? ¡Yo no quería ir allá, ni hablar! ¡Yo quería ir a Dusseldorf, pues tenía que predicar en Wuppertal al día siguiente! Finalmente aterrizamos en Malmö. Todo el aeropuerto estaba plagado de gente. No obstante llegaban aviones sin parar, porque daba la casualidad que Malmö era el único aeropuerto en toda la redonda que estaba libre de niebla. Así que todos los aviones iban allá. Era un aeropuerto pequeño y ya no había sillas libres para sentarse. Yo me había hecho amigo de un comerciante austriaco y ambos nos preguntábamos: ¿dónde irá a parar todo esto? ¡Posiblemente estemos mañana todavía aquí! Aquí está todo patas arriba». La gente gruñía, preguntaba, regañaba y murmuraba, como siempre ocurre en situaciones semejantes. De pronto oímos que por el altavoz decían: «Un avión de cuatro motores volará ahora en dirección sur. No sabemos si aterrizará en Hamburgo, en Dusseldorf o en Francfort. Pero todos los que quieran ir al sur pueden embarcar.» Bueno, la cosa era bastante insegura, y a nuestro lado una mujer en seguida gritó: «¡Ahí no entro yo! Tengo un miedo terrible!» A lo cual yo le contesté: «Señora, nadie la obliga a subir. Quédese aquí tranquilamente.» Y el aus-

tríaco comentó: «¡Un vuelo así rodeado de niebla se las trae ... y no sabes dónde tocarás tierra!» En ese momento, con la mujer gritando y el austríaco sembrando dudas y temor, pasó a mi lado el piloto con su uniforme azul. Y yo miré su cara: una expresión totalmente seria y concentrada. Uno notaba que sabía la responsabilidad que tenía, que la cosa no estaba para bromas. Entonces me animé y le dije a mi amigo: «¡Mire! a esta persona podemos encomendarnos. ¡Venga! ¡Vamos a embarcar, este hombre es de confianza!» Y así lo hicimos. Entramos al avión y en el momento en que dejamos el suelo firme y se cerraron las puertas del avión, nuestra vida estaba en manos de este hombre. Pero teníamos confianza. Yo puse mi vida en sus manos. Por fin aterrizamos en Francfort y pasé toda la noche viajando hasta llegar a mi casa. ¡Pero llegué! ¡Y esto es lo que significa creer! Creer significa confiar su vida a otro.

¿Cómo recibo la vida con Dios? «¡Cree en el Señor Jesucristo!» o dicho de otra manera: ¡Sube al avión de Jesús! Al subir al avión en Suecia yo tuve la impresión de que mi amigo el austríaco quería quedarse con un pie en el aeropuerto y con el otro entrar al avión. Pero eso no era posible. O bien se quedaba fuera, o bien se entregaba entero al piloto. Y así es con Jesús. No puedes vivir con un pie sin Jesús, y con el otro embarcarte en su avión. Eso no funciona. Cree en el Señor Jesucristo; la vida con Dios sólo la recibo si lo arriesgo todo. Tengo que decirle: «Toma mi vida, Cristo Señor, hazme un vaso para honor.»

Y ahora te pregunto: ¿A quién mejor puedes entregarte que al Hijo de Dios? ¡Nadie en todo el mundo ha hecho tanto por mí como Él! Me amó tanto que murió por mí. ¡Y también por tí!

Nadie nos ha amado jamás como Él. Y Él resucitó de los muertos. ¿Y no he de confiar mi vida a Aquel que resucitó? ¡Qué necios seríamos si no lo hacemos! Pero en el momento en que entrego mi vida a Jesús he entrado en la vida con Dios. Hay un himno precioso que me gusta mucho cantar:

*Señor, heme en Tus manos, – dirígeme,  
Y hasta el fin de mis años, – mi guía sé.  
Sin Ti ni un solo paso – quisiera dar;  
Mi vida hasta su ocaso – te he de entregar.*

¡Cuánto me gustaría que pudieras decirlo tú igualmente!

Dicho esto quisiera añadir aún algo más: si quieres entregar tu vida a Jesús, y embarcarte con Él, si quieres confiarle tu vida, ¡entonces díselo! Él está aquí; Él está a tu lado. Él te oye. Dile: «Señor Jesús, te doy mi vida.» Cuando siendo un joven impío y depravado me convertí y recibí a Jesús, yo oré así: «Señor Jesús, ahora te entrego mi vida, pero no puedo prometerte que voy a ser bueno. Para ello tienes que darme un nuevo corazón, porque tengo un carácter muy malo. Pero lo que soy te lo entrego todo a Ti. Haz Tú algo conmigo. Este fue el momento en que embarqué con ambos pies con Jesús, donde entregué el timón de mi vida a aquel que me compró con su sangre:

*¡Oh, Piloto Divino!, ven y guía mi nave,  
Esta pobre barquilla que hoy cruza la mar;  
Contra el viento y las olas, nada puede mi brazo,  
Sin Tu ayuda, oh Piloto, el naufragio vendrá.*

*De las playas de muerte desprendí mi barquilla,  
Cuando caros amigos me hablaron de Ti;  
Y a las playas eternas, donde reinas glorioso,  
Mi bajel, como ellos, deseé dirigir.*

*¡Es tan rico el tesoro de Tu amor y potencia  
Que la noche más negra no te puede borrar!;  
Y al poner en Tu mano el timón de mi nave  
Canto ya Tu victoria sobre vientos y mar.*

Y para avanzar en la nueva vida con Dios hay que tener muy en cuenta tres cosas: la Palabra de Dios, la oración y la comunión.

Mira: no puedes pertenecer a Jesús y no saber nada más de Él. Hay que tener una Biblia o un Nuevo Testamento y leer diariamente un cuarto de hora con tranquilidad. Simplemente de forma consecutiva. Lo que no comprendas lo dejas de momento. Pero cuanto más leas, más cosas gloriosas descubrirás. Mi corazón se ensancha de alegría, porque pertenezco a este Salvador tan maravilloso pudiendo testificar de Él. La vida con Dios no es sólo para uno mismo, sino que podemos compartirla con otros.

El segundo punto importante es la oración: ¡Jesús te oye! No es necesario que formules un gran discurso. Es suficiente, si por ejemplo, eres un ama de casa, decirle: «Señor Jesús, hoy es un día horrible: mi marido está de mal humor, los niños no hacen caso de lo que les digo, tengo ropa sucia para parar un tren y me faltan 20 Euros. Señor Jesús, pongo en Tus manos todo este embrollo. Dame, a pesar de todo, un corazón lleno de alegría, porque Tú me diste la vida. ¡Ayúdame ahora a vivirla contigo! Gracias, Señor, de que puedo encomendarme a Ti.»

¿Entiendes? Puedo decirle a Jesús todo lo que pesa sobre mi corazón y también puedo pedirle: «Señor Jesús, concédeme conocerte cada día mejor y pertenecerte cada vez más.»

El tercer punto de una vida con Dios es la comunión. Es decir: hay que unirse a otros que también quieren pertenecer a Cristo. Hace poco alguien me comentó: «Quiero creer, pero no avanzo nada.» Entonces le aconsejé: «Usted necesita estar con otros cristianos.» A lo cual objetó: «Es que no me gusta ninguno de ellos.» «En este caso», le contesté, «no hay nada que hacer. Si en el cielo quiere estar un día con ellos, entonces tiene que aprenderlo ya aquí. Dios no va a tallar cristianos especiales para usted.»

De joven conocí a un director de un banco en Francfort. Un señor mayor que me contó muchas cosas de su juventud. Cuando terminó su bachillerato su padre le dijo: «Aquí tienes

tanto dinero y ahora puedes hacer un viaje y visitar todas las capitales de Europa.» ¡Imagínate, tal oferta para un chico de 18 años! Este señor anciano me contó: «Yo sabía que no era difícil caer en pecado y vergüenza en todas estas capitales. Pero yo quería pertenecer a Jesús, por eso metí mi Nuevo Testamento en mi maleta. Cada día, antes de salir de la habitación del hotel, me propuse haber oído la voz de Jesús y haber hablado con Él. Y dondequiera que fuera, yo quería buscar a otros creyentes. En todas partes encontré discípulos de Cristo: en Lisboa, en Madrid, en Londres, en ... Donde más me costó encontrar un creyente fue en París. Tuve que preguntar y buscar mucho hasta encontrar a uno que quería pertenecer al Señor Jesús. Por fin me indicaron a un zapatero: «¡Ese lee la Biblia!» Y este distinguido joven bajó las escaleras hasta el taller de este zapatero y le preguntó: «¿Conoce usted a Jesús?» La respuesta del zapatero fue solamente un brillar de ojos y una sonrisa. Entonces el joven le dijo: «Cada mañana vendré aquí para orar juntos. ¿Puedo?» Tan importante era para él la comunión con aquellos que seriamente quieren seguir a Jesús.

Bueno, ya he aclarado lo que quería aclarar: que una vida con Dios no es una ilusión desde que Cristo vino. Y que la vida con Dios la obtengo creyendo en el Señor Jesucristo. Y ahora ya podemos contestar la pregunta principal:

### **3. ¿Qué gano yo viviendo mi vida con Dios?**

Amigos, si quisiera contaros todas las ventajas de una vida con Dios y de la comunión con Jesús, eso me llevaría meses y no terminaría. ¡Es tanto lo que ganamos!

No olvidaré jamás lo que me dijo mi padre al morir con tan solo 53 años: «¡Hijo, di a todos mis amigos y conocidos lo feliz que me ha hecho Jesús, tanto en mi vida como en mi muerte!» ¿Sabes?



Cuando alguien se está muriendo ya no dice bobadas; entonces se le quitan a uno las ganas de hablar por hablar. Y cuando una persona a punto de morir y respirando con dificultad te dice lo feliz que Jesús le ha hecho, en vida y en la muerte, entonces eso te llega hasta la médula. ¿Cómo te irá a ti al morir?

Siendo aún un joven pastor en el área metropolitana de Düsseldorf ocurrió algo interesante: Hubo una gran reunión en la cual un hombre letrado trató de demostrar durante dos horas que Dios no existía. Había expuesto toda su erudición. La sala estaba llena de personas y también llena de humo de tabaco. No faltaron las ovaciones y los aplausos: «¡Viva! ¡No hay Dios! ¡Qué bien, podemos hacer lo que queramos!» Cuando el conferenciante hubo terminado al cabo de dos horas, se levantó el dirigente de la reunión y dijo: «Ahora hay lugar para discutir. El que quiera decir algo que levante la mano.» Por supuesto que nadie se atrevió. Todos pensaban que a semejante erudito no se le podía contradecir. Seguramente muchos no estarían de acuerdo con todo lo dicho, pero ¿quién iba a tener el valor de ir hacia adelante y subirse a la plataforma, estando allí mil personas vitoreando y aplaudiendo? Pero, mira por donde, alguien alzó la voz. Una abuela prusiana con su toca negra como las había muchas en la región del Rhur, desde atrás en el fondo hizo señales y el que presidía la preguntó: «Abuela ¿quiere usted decir algo?» «Sí» fue la respuesta, «quiero decir algo.» «Bueno, pues entonces tiene que venir aquí hacia adelante.» «Sí» contestó la mujer, «no tengo por qué tener miedo.» Una mujer valerosa. Esto ocurrió alrededor del año 1925. Así que la abuela se puso en marcha y se subió a la plataforma: «Señor conferenciante, usted acaba de hablar durante dos horas sobre su ateísmo, permítame hablar ahora cinco minutos de mi fe. Quiero contarle a usted lo que mi Señor, mi Padre Celestial ha hecho por mí. Mire, cuando yo era una joven esposa, mi marido tuvo un accidente en la mina y me le trajeron muerto a casa. Ahí quedé yo con mis tres niños, y en aquel entonces las instituciones sociales eran muy escasas. Ante el cadáver de mi marido podía haberme

desesperado, pero ya ahí mi Dios comenzó a consolarme como ningún ser humano pudo consolarme. Lo que la gente me dijo me entró por un oído y me salió por el otro. Pero el Dios vivo me consoló verdaderamente. Y entonces le dije: «¡Señor, ahora tú tienes que ser el padre para mis hijos!» (*Fue sumamente conmovedor cómo esta mujer relató lo que tenía en su corazón.*) Por las noches a menudo no sabía de donde sacar el dinero para dar de comer a mis niños el día siguiente, y entonces yo se lo repetía a mi Salvador: «Señor, Tú sabes muy bien en la miseria en que estoy, ¡ayúdame!» – Y entonces la anciana se dirigió directamente al orador: «Él jamás me desamparó ni me defraudó. Y Dios ha hecho aun más: envió a Su Hijo, el Señor Jesucristo. Él murió por mí y resucitó y me ha lavado de todos mis pecados con Su sangre preciosa. Ahora soy una anciana y pronto voy a morir, pero mire: Él me ha dado además la seguridad de tener la vida eterna. Cuando yo cierre aquí los ojos, entonces me despertaré en el cielo, porque soy de Jesús. ¡Todo esto ha hecho Él por mí! Y ahora yo le pregunto a usted, señor conferenciante: ¿Qué ha hecho su ateísmo por usted?»

A esto el conferenciante se levantó y le dio unas palmaditas en la espalda: «Ni mucho menos queremos quitarle a usted su creencia. Para gente anciana como usted no está nada mal.» ¡Carámba! Tenías que haber visto a la abuela cómo reaccionó de enérgicamente: «¡No me venga usted con esas! ¡Le he hecho una pregunta, señor conferenciante, y espero su respuesta! Ya le he dicho lo que mi Señor ha hecho por mí, y ahora dígame usted lo que su incredulidad ha hecho por usted.» ¡Menudo apuro! Esta abuela era una sabia mujer ...

Y ahora que todo el mundo ataca el evangelio yo pregunto: ¿Qué ganáis con vuestra incredulidad? No tengo la impresión de que tengan paz en su corazón y sean ahora más felices. ¡No!

¿Qué ganamos viviendo nuestra vida con Dios? Quiero decírtelo de manera muy personal:

Yo no habría soportado mi vida, si no tuviese paz con Dios por Jesús. Hubo horas en las que pensé que mi corazón se iba a desgarrar. – Hoy me han contado que aquí en la vecindad ha ocurrido un terrible accidente abismando a dos familias en el duelo. Según he oído, dos niños han sido atropellados. ¡Cuán pronto puede ocurrir una desgracia, y ahogarnos todas esas palabras fanfarronas, mientras extendemos las manos en la oscuridad preguntándonos: «¿no hay nadie que me pueda socorrer?» Mira: en las horas más duras de nuestra vida vemos lo que tenemos en Jesús. Cuando yo me casé le dije a mi mujer: «¡Cariño, quisiera tener seis hijos varones y que todos ellos toquen el trombón!» En mi amor por los himnos evangélicos, yo soñaba con tener un coro de trombones en casa. Efectivamente, tuvimos seis retoños, cuatro hijas encantadoras y dos hijos. Pero mis dos hijos murieron. Dios me los quitó a los dos de manera terrible. Primero uno y después al otro. Es algo que supera mis fuerzas. Durante toda mi vida como pastor he trabajado entre chicos y jovencitos – y los dos míos ... Aún recuerdo cómo me sentí cuando me trajeron la noticia de la muerte de mi segundo hijo: fue como si hubiese tenido un cuchillo clavado en mi corazón. Y vinieron muchas personas que nos dieron palabras de consuelo. Pero no penetraron en el corazón, no hicieron mella. Yo era pastor de jóvenes y sabía que por la tarde tendría que ir a la reunión de jóvenes y hablarles a 150 chavales con alegría de la Palabra de Dios. Se me partía el alma, mi corazón se estaba desangrando. Entonces me encerré en mi cuarto y cayendo sobre mis rodillas oré: «Señor Jesús, tú estás vivo, hazte cargo de mí, pobre pastor.» Y después abrí mi Nuevo Testamento y leí: «Jesús dijo: Mi paz os doy.» Yo sabía que lo que Él promete lo cumple fielmente. Así que le pedí: «¡Señor, no quiero comprender ahora por qué me has hecho esto, pero dame tu paz! Llena mi corazón de tu paz.» ¡Y Él lo hizo! Lo hizo de verdad. De eso soy testigo.

Y tú también le necesitarás cuando nadie te pueda dar consuelo. Eso es lo glorioso: cuando ninguna persona humana puede ayu-

dar, poder conocer a Jesús, quien nos ha comprado en la cruz con Su sangre y quien resucitó; y poder decirle: «¡Señor, dame Tu paz!» ¡Como un río impetuoso entra en el corazón la paz que Él da! Eso es también para el peor momento de nuestra vida, cuando nos toque morir. ¿Cómo será tu muerte? Nadie podrá ayudarte. Aun la mano más querida tendrás que soltarla alguna vez. ¿Cómo será? ¡Irás a la presencia de Dios! ¿Quieres presentarte allí cargado con todos tus pecados? Ah, cuando tomamos la mano fuerte del Salvador, entonces podemos morir tranquilos, sabiendo esto: «¡Tú me has comprado con Tu sangre y me has perdonado todos mis pecados!»

¿Qué gano yo viviendo mi vida con Dios? Voy a decírtelo: paz con Dios; gozo en el corazón; amor hacia Dios y hacia el prójimo; incluso ser capaz de amar a mis enemigos y todos los que me molestan y me causan problemas; consuelo en las desdichas, de forma que cada día me luce el sol; una esperanza segura de la vida eterna; el Espíritu Santo; el perdón de los pecados; paciencia – ¡Ah!, podría seguir enumerando muchas cosas más.

Voy a terminar con un himno que amo de manera especial:

*Muera en mí lo que es del mundo,  
mi soberbia y ambición;  
Cristo es mío y yo soy suyo,  
tengo en Él mi bendición.  
Cristo es mío – así soy rico,  
Cristo es mío – soy feliz,  
y la vida que hoy vivo,  
quiero para Él vivir.*

*Puede el mundo perseguirme,  
no podrá quitar mi paz,  
si los hombres me maldicen,  
Cristo me bendecirá.  
¿Qué me importan los desprecios  
si Jesús me da Su amor?  
¿Qué me valen los halagos  
si no tengo su favor?*

¡Ser de Cristo es algo maravilloso! ¡Deseo que poseas esa riqueza  
y esa felicidad!





